

ACERCA DE LAS INTERPRETACIONES SOCIOECONOMICAS DE LA POLITICA EN LA COLOMBIA DEL SIGLO XIX: VARIACIONES SOBRE UN TEMA

FRANK R. SAFFORD - NORTHWESTERN UNIVERSITY *

Traducción: Margarita González - María V. Gussoni

Durante tres décadas la historiografía de la política colombiana del siglo XIX ha estado dominada por las interpretaciones socioeconómicas de la política. En estas interpretaciones ha habido variaciones individuales, pero la mayoría de ellas comparten ciertos rasgos comunes: 1) intentan explicar el comportamiento político, y particularmente los alineamientos políticos, como expresiones de intereses económicos antagónicos o divergentes; 2) más aún, casi todas ellas identifican al partido liberal con una clase comercial emergente y a los conservadores con los terratenientes tradicionales. Este tipo de interpretación es atractivo por varias razones. Es compatible con el gran interés de las décadas recientes en el enfoque económico y social de los escritos históricos. En segundo lugar, esta clase de formulación proporciona una conveniente simplificación del hecho histórico, haciéndolo fácil de catalogar y recordar; y ayuda a imbuir a la actividad política del siglo XIX con una coherencia y un significado. Además, los patrones descritos parecen ser congruentes con nuestra imagen de la evolución de los grupos socioeconómicos europeos, especialmente, tal como son presentados en el análisis marxista. Este último rasgo es particularmente atractivo para los autores latinoamericanos (y para los lectores latinoamericanos), a quienes los acercamientos marxistas han proporcionado desde hace tiempo el vocabulario y el marco analítico de la interpretación política. Este rasgo es igualmente atractivo para los estudiosos norteamericanos, quienes, aunque no son explícita y conscientemente marxistas, encuentran sin embargo que su trabajo

* El autor revisó la traducción e hizo las observaciones que creyó pertinentes.

está modelado por categorías marxistas, si bien generalmente en forma más sutil y semi-consciente.

El siguiente ensayo es una reseña crítica de las más prominentes interpretaciones socioeconómicas de la política del siglo XIX en Colombia, aparecidas desde 1940. El autor inició su trabajo en Colombia hace veinticinco años, fascinado por la primera de esas interpretaciones socioeconómicas (la de Luis Eduardo Nieto Arteta), firmemente convencido de que un análisis de la política basado en las funciones económicas era algo posible y que contenía realmente la clave para la comprensión de la política del período. Las investigaciones de las actividades económicas de la clase dominante entre 1820 y 1870, sin embargo, me han llevado a cuestionar las casi universalmente sostenidas suposiciones acerca de la identidad económica de los liberales y conservadores del siglo XIX. Aunque continúo reconociendo el atractivo de las diversas formulaciones socioeconómicas disponibles en la actualidad (debido a la manera en que dan forma y sentido al período), creo que la mayoría de ellas han alcanzado esa deseable coherencia forzando los datos para que éstos se ajusten a nociones preconcebidas. Surge entonces la pregunta de si aceptaremos el carácter complejo y contradictorio de la realidad histórica o de si continuaremos prefiriendo mantener las nociones comunes simplemente porque es "cómodo hacerlo".

En la historiografía colombiana, los esfuerzos de las interpretaciones socioeconómicas de la política se han centrado particularmente en la "revolución liberal de 1850", época en la que los partidos liberal y conservador cristalizaron ideológicamente. Este período en particular no sólo atrae la atención debido a ese proceso de definición, sino también porque presencié la emergencia de grupos de artesanos políticamente comprometidos, que en última instancia desafiaron al gobierno de la clase dominante. Un segundo momento histórico que ha incitado particularmente al análisis socioeconómico es el período de la Regeneración (1880-1904). La Regeneración se ha convertido en tema de especial interés en el transcurso de esta última década debido a sus implicaciones para el desarrollo económico. Fue el período en que empezó a formarse el estado moderno del siglo XX y el momento en que el gobierno, por primera vez desde mediados de 1840, rompió radicalmente con los dogmas económicos liberales del siglo XIX y se orientó hacia una economía manejada más directamente por el Estado. Esta importante innovación produjo un significativo conflicto dentro de la élite, una ruptura que invita al análisis de los intereses en pugna afectados por el cambio.

En contraste con los esfuerzos realizados en el campo del análisis socioeconómico de la política de los años de 1850 y de la Regeneración, se ha realizado muy poco trabajo de esta clase respecto a los años

anteriores a 1850. La única excepción es el estudio de Indalecio Liévano Aguirre sobre la época de la Independencia, pero el "análisis" de las fuerzas sociales y económicas de este trabajo no va más allá de la retórica y no puede ser tomado en consideración seriamente (Liévano Aguirre, 1967-1966). La carencia de esfuerzos consistentes por lograr una interpretación económica de la política de los años anteriores a 1850 se debe probablemente al hecho de que existe una base muy endeble para dicho estudio. Para gran parte del siglo XIX, una visión de divisiones políticas que siga el sentido de los intereses económicos funcionales no sería eficaz, debido, en gran parte, a que la estructura de la economía no era conducente para la articulación de los intereses económicos. Durante la mayor parte del siglo, las diversas regiones de Colombia formaron, según palabras de Nieto Arteta, "archipiélagos económicos". Debido a los altos costos del transporte no existía un mercado nacional, sino una miríada de pequeños mercados locales. En esta situación la escala de las empresas era tan pequeña que había muy poca especialización de función. Además, en razón del estancamiento general de estas economías locales, difícilmente existía el movimiento de mercado necesario para que se activaran intereses económicos claramente definidos. Finalmente, debido al aislamiento de las economías locales, éstas eran virtualmente inmunes a los efectos de la política económica del gobierno. La política económica nacional no era importante para nadie, porque Colombia tanto económica como políticamente era invertebrada. Aún los gastos gubernamentales no constituyeron por mucho tiempo una fuente de conflicto político significativo; porque, por una parte, los recursos fiscales del gobierno nacional eran exigüos y, por otra, porque antes de 1870 jamás fueron concentrados en ninguna prioridad que excluyera otros intereses.

La política económica nacional empezó a adquirir importancia en la década de los 70. Colombia siguió siendo una serie de economías regionales. Pero el gobierno empezó a usar su poder fiscal de manera más concentrada, en apoyo del Ferrocarril del Norte, despertando resentimientos regionalistas. Después de 1880, en la época de Núñez, las decisiones del gobierno nacional se hicieron cada vez más importantes, debido a que el establecimiento del Barico Nacional y la creación de un papel moneda políticamente controlado significaban que la política económica y fiscal del gobierno constituía ahora una notable diferencia en todos los ámbitos de la economía. Ante esta situación, un análisis económico de la política se hace cada vez más pertinente. Muchos de los análisis examinados aquí, sin embargo, han tratado de proyectar este análisis retrospectivamente hacia períodos históricos en los que las condiciones eran muy diferentes.

I. LA REVOLUCIÓN LIBERAL DE 1850

Entre 1845 y 1863 se produjo una transformación de las instituciones económicas y políticas de Colombia y una acentuada alteración en la orientación de las políticas económicas y sociales. La economía se movió de una relativa insularidad frente a las potencias industriales del Atlántico a una pronunciada apertura hacia el comercio exterior. Esta metamorfosis ocurrió, en gran medida, debido a estímulos europeos, muy particularmente por un pleno compromiso británico por liberar el comercio a partir de 1846, y a una consecuente percepción por parte de la clase dominante colombiana de nuevas oportunidades en el campo de la exportación. Además, la apertura comercial fue estimulada en Colombia por nuevas políticas gubernamentales que correspondían y se ajustaban a estos cambios. Entre los cambios de políticas fue notable el de la transformación de la industria del tabaco, de un monopolio estatal establecido para obtener ingresos provenientes de ventas domésticas limitadas, a una industria de exportación a mayor escala operada por empresarios privados y con utilidades principalmente privadas. Esta innovación se complementó con la rebaja de los derechos de importación, en parte para facilitar las exportaciones mediante el expediente de atraer más buques europeos a las costas colombianas.

Junto con esta reorientación de la economía colombiana ocurrió una liberalización general de las instituciones económicas y sociales, en el sentido de un mayor compromiso con un individualismo social y económico. Este empeño por lograr un modelo socioeconómico liberal individualista se expresó en varias formas: en la abolición de la esclavitud, en la división de las tierras comunales indígenas y, finalmente, en la confiscación y venta de las propiedades de la Iglesia. Se manifestó también en la abolición o disminución de los impuestos heredados del período colonial, una acción justificada como necesaria para liberar a los empresarios individuales de cargas excesivas. Muchos de estos cambios institucionales estaban directamente relacionados con el esfuerzo por expandir las exportaciones. Se consideraba que estos cambios harían posible una movilización en el mercado libre de la tierra, de la mano de obra y de los recursos de capital, que beneficiaría en gran parte el desarrollo de las industrias de exportación. El fraccionamiento de las tierras comunales indígenas, por ejemplo, debería, según lo esperado, movilizar tanto la tierra como la mano de obra; el diezmo y la alcabala, al ser suprimidos, deberían liberar la empresa individual y conducir al movimiento de artículos de consumo de primera necesidad.

La abolición de muchos impuestos de origen colonial diezmó la estructura fiscal en que se sustentaba el estado y, de esta forma, debilitó al estado central mismo. Este fin fue buscado conscientemente, no sólo porque se creía que serviría a los intereses de la empresa individual, sino porque promovía además la libertad política local. En

los comienzos de la década de 1850, la implantación del individualismo liberal en las estructuras económicas y políticas estuvo acompañada por un compromiso retórico, legislativo e institucional con los ideales del igualitarismo democrático y con la secularización de las instituciones políticas, sociales y económicas. Finalmente, algunos de estos empeños demostraron ser incompatibles; especialmente las metas de una libertad y un igualitarismo individual irrestrictos. Pero esto no fue comprendido inmediatamente por muchos reformadores liberales.

La mayoría de los intérpretes de la transformación de 1845-1863 se han centrado especialmente en el período de 1849-54, momento en que estos cambios estuvieron acompañados por un gran dramatismo político y por verdaderas expresiones de claro conflicto de clases. En 1848-1849 el elemento político conservador, que había ejercido el poder por doce años, se dividió en facciones; ésto permitió que los liberales volvieran al poder aliados con los artesanos de Bogotá, cuyas amenazas de violencia confirieron a la elección una teatralidad poco usual. Con miras a obtener y retener el poder, los liberales movilizaron el apoyo masivo de los elementos de la clase artesanal, mientras que los conservadores intentaron, a su vez, una contramovilización.

En el proceso, las tensiones inter-clase produjeron violentos disturbios en contra de los conservadores en el Valle del Cauca. Al mismo tiempo los esfuerzos liberales por secularizar las propiedades de la Iglesia y por reducir la influencia política de ésta acentuaron el conflicto inter-partidista. En el Cauca, los efectos combinados de la abolición de la esclavitud (que afectaba adversamente a los propietarios de esclavos de la región), la violencia del pueblo en contra de los terratenientes y los ataques del gobierno a la Iglesia condujeron en 1851 a la rebelión conservadora, que se extendió desde el Cauca hacia gran parte de la región occidental de Colombia antes de ser sofocada. Luego, los esfuerzos de los liberales radicales por descentralizar el poder, disminuir el tamaño y los privilegios del ejército nacional y mantener bajos los aranceles, hicieron que los oficiales del ejército y los artesanos de Bogotá se unieran en una coalición reactiva. En 1854, los artesanos y los oficiales militares, conjuntamente, se tomaron el poder en un movimiento que fue en realidad más un golpe de estado que una revolución. Sin embargo, nueve meses después una coalición de políticos de la clase dominante, tanto liberales como conservadores, había derrotado al gobierno artesano-militar y devuelto el gobierno nacional al control de la clase alta.

Los eventos del período 1849-1854 son realmente dramáticos. No es sorprendente que hayan atraído la atención. Respecto al proceso total de cambio económico, social y político ocurrido a mediados de siglo, sin embargo, la aparente importancia central de estos años puede tener algo de ilusión óptica. Estos años fueron simplemente el climax

dramático de un largo proceso de liberalización que se inició antes de 1845 y que continuó hasta, más o menos, finales de 1863. Los cambios importantes en la política económica, y en especial en la estructura económica, ocurrieron o se iniciaron bajo el gobierno conservador del General Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849). Fue bajo Mosquera que el monopolio estatal del tabaco fue dado en arrendamiento por primera vez a compañías privadas y luego encaminado hacia su total extinción. Bajo el ministro de finanzas de Mosquera, el liberal Florentino González, el gobierno inició una política de rebaja arancelaria que continuó, con modificaciones, hasta 1880. González también propuso la abolición de muchos de los impuestos coloniales que aún existían, al igual que una descentralización fiscal, medidas que fueron establecidas después de 1849. (Helguera, 1958, 326-330; Grusin, 1978, 104-105). La presión gubernamental por parcelar las tierras comunales indígenas, una política permanente desde la década de 1820, fue intensificada bajo el régimen de Mosquera; aunque el proceso de fraccionar las comunidades indígenas fue completado (en los lugares en los que poseían tierras apetecibles) bajo administraciones liberales posteriores. De esta forma, se puede afirmar que las tendencias económicas más importantes del período —la apertura de la economía colombiana hacia el exterior y el énfasis complementario en el individualismo económico, al remover los obstáculos para una movilización (o explotación) en mercado libre de la tierra y de la mano de obra por parte de los empresarios privados— fueron establecidas antes de que los liberales llegaran al poder en 1849. Las administraciones liberales posteriores a 1849 simplemente continuaron y trabajaron sobre estas tendencias ya existentes. El régimen liberal de 1849-1853 se diferenció de su predecesor principalmente porque agregó una nueva preocupación por un mejoramiento igualitarista, un énfasis creciente en el secularismo anticlerical a los patrones ya establecidos de individualismo económico y una orientación hacia el comercio exterior.

Aunque nuestro conocimiento de lo que en realidad estaba sucediendo económicamente a mediados del siglo XIX ha sido perfeccionado por investigaciones que se han realizado desde 1950, los lineamientos generales del cambio económico habían sido comprendidos desde hacía bastante tiempo (1). Habían sido comentados y juzgados

1. Algunas de las contribuciones más importantes a la historia económica de mediados del siglo XIX, en orden cronológico: John Parker Harrison, "The Colombian Tobacco Industry from Government Monopoly to Free Trade, 1778-1876", (Disertación doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1951); Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, Editorial Santa Fe, 1955); David Bushnell, "Two Stages in Colombian Tariff Policy: The Radical Era and the Return to Protection (1861-1895)", *Inter-American Economic Affairs*, IX (1956), 3-23; Frank Robinson Safford, *Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870*, (Disertación doctoral, Columbia University, 1965); Frank Safford, "Foreign and National Enterprise in Nineteenth Century Colombia", *Business History Review* 39:4 (Invierno, 1965), 503-526; William Paul McGreevey, *An Economic History of Colombia, 1845-1930*, (Cambridge, Inglaterra, Cambridge

por sagaces contemporáneos como Salvador Camacho Roldan y Miguel Samper, cuyos análisis han hecho mucho para darle forma a nuestra visión del periodo. Mi interés, por lo tanto, tiene menos que ver con la definición del proceso económico que con la discusión de su significado social y político en las interpretaciones más sobresalientes sobre el siglo XIX, publicadas en las últimas cuatro décadas. Podemos afirmar desde un principio, que las principales interpretaciones concuerdan en que en el transcurso del proceso de liberalización los recursos económicos fluyeron de forma cada vez más acentuada hacia las manos de la clase acomodada y que la participación de la clase pobre en la riqueza nacional disminuyó proporcionalmente. La cuestión que se plantea aquí se refiere a las características sociales y políticas de esos segmentos de la clase dominante que llevaron a cabo el proceso de liberalización.

La mayoría de las interpretaciones socioeconómicas de la política colombiana consideran el período de mediados de siglo como una "revolución burguesa" en la que el partido liberal, identificado como el instrumento político de una nueva burguesía comercial emergente, triunfó sobre un partido conservador anteriormente dominante y que representaba a los terratenientes tradicionales. Me centraré principalmente sobre tres interpretaciones sobresalientes y especialmente influyentes, las de Luis Eduardo Nieto Arteta (1941), Indalecio Liévano Aguirre (1944) y Germán Colmenares (1968) (2).

Luis Eduardo Nieto Arteta fue el primer colombiano del siglo XX que intentó una interpretación económica y social del siglo XIX, interpretación que subrayó en particular el conflicto entre dos sistemas sociales o culturas económicas contrastantes y sus correspondientes visiones del mundo (Weltanschauung). En el primero de sus dos más influyentes ensayos históricos, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia* (publicado por primera vez en 1941), Nieto Arteta describió un conflicto entre las sociedades regionales "coloniales", que dependían de los esclavos o del trabajo de peonaje de indígenas (en el Valle del Cauca, Cundinamarca y Boyacá respectivamente) y las regiones "anticoloniales" dominadas por pequeños propietarios (particularmente la región de Santander). Según la opinión de Nieto Arteta,

University Press, 1971); Luis F. Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1971); David Church Johnson, "Social and Economic Change in Nineteenth - Century Santander, Colombia", (Disertación doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1975); Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. (Bogotá, Banco de la República, 1977); Richard Preston Hyland, "The Secularization of Credit in the Cauca Valley, Colombia, 1851-1880", (Disertación doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1979).

2. Una crítica a la interpretación socioeconómica de la política colombiana puede ser encontrada en McGreevey, (1971); parte de una crítica general de esa obra puede ser encontrada en Safford, 1977, 227-231.

Colombia bajo la dominación política de las regiones tradicionales siguió siendo institucionalmente "colonial" hasta 1849, cuando el régimen conservador fue derrocado por la revolución liberal, que manifestó el surgimiento de dos nuevos grupos "anti-coloniales" —comerciantes y "manufactureros" (artesanos)— ambos asociados en la mente de Nieto Arteta con la sociedad de pequeños propietarios de Santander. Estos dos elementos "anti-coloniales" —los comerciantes y los artesanos— hicieron desaparecer los restos institucionales del régimen colonial: el sistema fiscal colonial, la esclavitud, la tenencia comunal de tierra de los indígenas, las políticas arancelarias proteccionistas. Estas reformas produjeron cambios fundamentales en la economía colombiana. La abolición del monopolio del tabaco, al permitir la expansión de las exportaciones de la hoja y en general la expansión del comercio exterior, estimuló "la grandiosa transformación de la economía nacional". A la vez, el crecimiento de la industria tabacalera, junto con el fraccionamiento de las tierras de las comunidades indígenas, inició una significativa redistribución de la población colombiana, puesto que la mano de obra empezó a emigrar de las regiones de las tierras altas estancadas y atrasadas hacia las tierras bajas tropicales, comercialmente más productivas, en donde al recibir salarios más altos se convirtió en una consumidora más real y efectiva. De hecho, fue la revolución capitalista, burguesa y liberal.

Aunque generalmente Nieto Arteta era un entusiasta partidario de estos cambios, considerados como pasos progresivos necesarios para la evolución socioeconómica de Colombia, se condolía de que algunos elementos de la población hubieran resultado perdedores en el proceso. Mientras que aceptaba gustoso, como un hecho histórico inevitable, el empobrecimiento de los campesinos indígenas desalojados de sus tierras; lamentaba que la clase artesana, que había proporcionado gran parte del apoyo político para la revolución liberal, fuera minada por las políticas liberales de libre comercio. Aparentemente, Nieto Arteta lamentaba en forma particular la decadencia de los artesanos, en contraste con la del campesinado, puesto que consideraba a los primeros como proto-industriales y, por tanto, como un grupo social históricamente progresista; mientras que el campesinado indígena lo veía como un remanente feudal, cuya tenencia comunal de la tierra y actitudes regresivas bloqueaban el desarrollo del capitalismo.

En los últimos treinta años, los puntos débiles de la obra *Economía y Cultura* de Nieto Arteta se han hecho cada vez más evidentes. Primero, es claro que su visión del siglo XIX se moldeó casi exclusivamente a partir de sus lecturas de unos pocos ensayistas liberales —especialmente Miguel y José María Samper, Salvador Camacho Roldán y Aníbal Galindo— quienes, comprensiblemente, tenían una exaltada opinión de su propio movimiento político. Una de las consecuencias de esto fue la imagen excesivamente positiva de lo que aconteció entre

1850 y 1870: "la grandiosa transformación de la economía nacional". Investigadores más recientes han proporcionado las rectificaciones necesarias. John P. Harrison ha arduo que la abolición del monopolio del tabaco puede no haber sido un paso tan positivo como lo creyeron los liberales del siglo XIX, puesto que llevó a la disminución del control de calidad en la industria y finalmente a su extinción (Harrison, 1951). Luis Ospina Vásquez, William P. Mc.Greevey y otros, han dejado en claro que el período de 1850-1870 no fue de "grandiosa transformación de la economía nacional", sino simplemente de una modesta y vacilante expansión económica en la que la importación se expandía más dinámicamente que la exportación (Ospina Vásquez, 1955; Safford, 1965a y 1965b; McGreevey, 1971). Germán Colmenares ha señalado la inconsistencia de Nieto Arteta, que ensalza la abolición del monopolio del tabaco a mediados de siglo y al mismo tiempo deplora la política contemporánea de libre comercio —puesto que las dos eran partes complementarias de una misma meta: la expansión del comercio exterior— (Colmenares, 1968, 138-139).

Otros puntos débiles del análisis de Nieto Arteta no han sido sometidos a mayores críticas; no obstante, deben ser señalados. Sus concepciones acerca del artesanado colombiano son erróneas en varios aspectos. No comprendió que los artesanos estaban muy lejos de ser un grupo solidario, debido a que gran parte de ellos eran mujeres tejedoras de géneros bastos en pequeñas aldeas provinciales; mientras que aquellos que estaban políticamente activos eran productores urbanos de bienes terminados que, en la mayoría de los casos utilizaban géneros importados y cuyos intereses por tanto divergían de los de las tejedoras rurales. Concibió a los artesanos como una clase emergente y en crecimiento a mediados de siglo, mientras que para describirla apropiadamente podría considerársela como una clase estancada. Afirmó que los artesanos, a quienes consideraba como "manufactureros" y (aparentemente) como industriales incipientes, apoyaron la revolución liberal —especialmente la abolición de la esclavitud, la eliminación de las posesiones territoriales comunitarias de los indígenas y la extinción del monopolio del tabaco— con miras a obtener una mayor cantidad de mano de obra libre y a construir una base de consumo, miras que bien pueden no habérsele ocurrido a los artesanos. (Nieto Arteta, 1962, 109-111). De hecho, quienes estaban interesados conscientemente en formar una base de consumo eran los políticos y comerciantes de la clase dominante, los primeros porque veían en el aumento del intercambio y en el flujo de dinero un síntoma de salud económica y, los segundos, porque esperaban un incremento en el consumo de bienes importados.

Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, la visión de Nieto Arteta del período de reforma liberal de mediados de siglo como una revolución

capitalista burguesa, puede ser perfeccionada y articulada para proporcionar una explicación satisfactoriamente cohesiva y consistente de una amplia gama de hechos. En efecto, es cierto que antes de 1849 muchos líderes políticos importantes que llegaron a ser identificados como conservadores provenían de la región esclavista del Cauca o de las familias propietarias de haciendas de las tierras altas del interior. Después de 1849 su dominio en los altos cargos fue interrumpido. Los liberales que controlaron la política nacional durante casi todo el período de 1849-1880, provenían en su gran mayoría de las provincias del este y del norte, especialmente de aquéllas en las que los pequeños propietarios tendían a ser lo más característico. Además, la transición política estuvo marcada por importantes reformas liberalizantes. Muchas de estas medidas aspiraban a eliminar las limitaciones estatales y las tradicionales restricciones legales que pesaban sobre la empresa individual: Parte de esta legislación a favor de una economía de mercado libre tuvo también el efecto, y no por casualidad, de minar el poder económico de aquéllos que habían dominado tradicionalmente la sociedad —por ejemplo, la abolición de la esclavitud lesionó profundamente a los terratenientes del Cauca, quienes anteriormente habían desempeñado un papel dominante en la política nacional; la abolición del diezmo tendió a minar el poderío económico de la Iglesia—.

La integridad y la cohesión de una interpretación que considera los inicios de los años de 1850 como una revolución liberal burguesa llevada a cabo por una clase comercial emergente, han ayudado a convertirla en el tema central de la mayoría de los estudios sobre el período, publicados desde la aparición del de Nieto Arteta. A más de la cohesión y la integridad de la interpretación, ésta ha atraído a la mayoría de los intérpretes porque parece estar de acuerdo con la comprensión común marxista y post-marxista del proceso de la historia europea —los años de 1850 pueden ser considerados como un punto clave en la transición de Colombia de un orden "feudal" tradicional a un capitalismo burgués—. En parte debido a estos dos rasgos conceptualmente reconfortantes de la interpretación, la mayoría de los estudios colombianos —por ejemplo, los de Liévano Aguirre, (1944, 1960); Germán Colmenares, (1968); Gerardo Molina, (1970); Alvaro Tirado Mejía, (1971) o Jaime Jaramillo Uribe (1977)— y algunos estudios extranjeros como los de McGreevey, (1971) y Bergquist, (1976, 1978) han seguido las líneas generales de la interpretación de Nieto Arteta. O sea, han considerado la reforma liberal de mediados de siglo como una revolución capitalista burguesa, protagonizada por una clase comercial emergente en conflicto con los antiguos terratenientes tradicionales dominantes, a los que llega a vencer. Todos estos autores identifican también a la clase comercial emergente con el partido liberal y a los terratenientes tradicionales con el partido conservador.

Estos autores aunque adoptan la sociología política de Nieto Arteta, difieren de él al adoptar un criterio menos exaltado de la revolución liberal. Esta visión negativa de la revolución liberal hizo su aparición pocos años después de la publicación de Nieto Arteta, cuando Liévano Aguirre (1944 y 1960) condenó las reformas de mediados de siglo acusándolas de dismantlar al Estado y de entregar los recursos agrarios del país a un pequeño número de familias acaudaladas. Según la opinión de Liévano, la abolición del monopolio estatal sobre la producción de tabaco privaba al gobierno de ingresos necesarios, dejaba esta lucrativa actividad en manos de unos pocos capitalistas y estimulaba la dependencia del país de una cosecha única y especulativa. Además, el cultivo del tabaco y de otros bienes de consumo de exportación estimuló una demanda de tierra entre las clases dominantes, lo que indujo a que el estado liberal les permitiera adquirir a bajos precios grandes extensiones de tierras públicas, al igual que a apropiarse de las posesiones, primero, de las comunidades indígenas y, luego, de las órdenes religiosas (Liévano Aguirre, 196?, 54-56).

La opinión totalmente negativa de Liévano Aguirre acerca de los acontecimientos de mediados de siglo es probablemente más acertada que la visión optimista de Nieto Arteta. Pero al igual que el análisis de Nieto Arteta, el de Liévano también adolece de la carencia de investigación seria en el campo de la historia económica del país, carencia característica de la época en que fue escrito. En su condenación de la época de libre comercio liberal, Liévano dio una imagen exagerada de las industrias afectadas. Al describir los tiempos anteriores al libre comercio menciona "las fábricas de tejidos de Bogotá, Tunja, y el Socorro que ya habían alcanzado una gran importancia", se refiere a "la importante fábrica de papel que existía en Bogotá" (la que de hecho era muy pequeña y además había fracasado en la década anterior), e imagina una gran migración de obreros de fábricas urbanas que regresaban al campo como consecuencia de la quiebra de las nascentes industrias del país. (Liévano Aguirre, 1960, 52-53). Esta visión del desarrollo industrial de Colombia anterior a 1850, a su manera, tan fantástica como las concepciones de Nieto Arteta acerca de los artesanos colombianos, fue corregida una década más tarde, cuando la excelente obra de Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia* redujo la magnitud tanto de la empresa industrial anterior a 1850 como del boom del tabaco a sus verdaderas proporciones (Ospina Vásquez, 1955).

La visión de Liévano Aguirre de la época liberal ha sido igualmente influyente, o más, que el estudio de Nieto Arteta. El espíritu y la perspectiva de Liévano Aguirre son bastante evidentes, por ejemplo, en el trabajo de William McGreevey (1971), quien lleva a cabo una elaborada relación acerca del efecto negativo de la rebaja arancelaria liberal y de otras políticas económicas sobre los artesanos y, por tanto,

sobre el ingreso nacional colombiano. McGreevey comparte con Liévano una comprensión incompleta del contexto histórico dentro del cual la clase alta colombiana se volvió hacia las políticas de rebaja arancelaria, atribuyéndolas simplemente a la convergencia de los intereses de clase con los ciclos de demanda internacional (Safford, 1977, 227-238).

La cuidadosa y autorizada exposición de Ospina Vásquez de la evolución de la economía del siglo XIX proporcionó una útil rectificación de esta visión del giro hacia políticas de rebaja arancelaria. Ospina Vásquez no ofreció una amplia exposición interpretativa acerca de las políticas de los años de 1850. Pero su relato de los ritmos y tendencias de la economía del país, ayudó a esclarecer nuestro conocimiento del contexto en que ocurrieron las reformas liberales de mitad de siglo. Ospina dejó clara constancia, por ejemplo, de que la evolución, a partir del moderado proteccionismo de la década de los 30 hasta el compromiso de libre comercio posterior a 1846, ocurrió, parcialmente, como respuesta a una reciente experiencia económica colombiana. Las pequeñas empresas manufactureras que se intentaron crear en los años de 1830 habían demostrado tener muy poco éxito, y después de la guerra civil de 1840 no quedaba prácticamente nada de esta arriesgada operación. Por tanto, a principios de la década de los 40, miembros de la ya dominante élite política, en su mayoría conservadores políticos, habían llegado a la conclusión de que el papel económico al que estaba destinada la Nueva Granada era el de producir frutos tropicales dentro de una división internacional del trabajo. Debido a que el propósito de Ospina Vásquez era sólo el de hacer una crónica de los patrones económicos y de la política económica, no dedujo ningún tipo de conclusión acerca de las implicaciones de su exposición para una interpretación social de la política. Sin embargo, su estudio implícitamente suscita interrogantes acerca de aquellas interpretaciones que consideran la adopción de políticas económicas liberales como la expresión política de una nueva y emergente burguesía cuyo instrumento era el partido liberal, pues Ospina Vásquez dejó claramente establecido que la orientación hacia el comercio exterior antecedió a la emergencia política de los liberales de mitad de siglo, y que esa orientación hacia el exterior podía ser encontrada tanto entre importantes conservadores como entre liberales. Estos hechos parecen sugerir que la adopción de políticas liberales estuvo en manos de una burguesía bipartidista ya existente —aunque el propio Ospina Vásquez no llegó a hacer esa formulación.

Las perspectivas de Ospina Vásquez acerca de la evolución de la economía y de la política económica han sido incorporadas, hasta cierto punto, en el análisis de Germán Colmenares sobre los rasgos sociales e ideológicos de la política de 1848-1854. Colmenares, de acuerdo con la visión de Ospina Vásquez del período en cuestión, señala que los líderes

conservadores prominentes de principios de la década del 50, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, apoyaron muchas de las reformas económicas y políticas liberales características del período. Sin llegar a la especificación, afirma, además, que existían similitudes fundamentales entre las doctrinas y los intereses primordiales de los conservadores y de los liberales radicales. Finalmente, aunque las visiones del mundo y la retórica de los conservadores y los liberales diferían en ciertos aspectos, ambas aceptaban la supremacía del individuo como agente social (Colmenares, 1968, 15-16; 45; 101).

Colmenares, luego de haber hecho estas concesiones a la idea de un amplio consenso de la clase alta, hace énfasis, no obstante, en el conflicto de la visión del mundo entre una clase de terratenientes tradicionales y una burguesía comercial emergente. Al igual que Nieto Arteta, Colmenares ve la política de los años de 1850 como una lucha por el dominio entre la aristocracia esclavista del Cauca y los terratenientes tradicionales de las tierras altas del interior, por una parte, y de una nueva clase comerciante del centro del país y de las provincias del norte, por otra.

Mientras que la mayoría de los análisis socioeconómicos de la política se centran en el análisis sociológico de los patrones comunes de grupos sociales, en la legislación y en otros actos concretos, Colmenares, en cambio, centra su atención sobre las distintas *Weltanschauung* (O "formas de conciencia" como prefiere llamarlas) que pueden encontrarse entre los más importantes actores políticos y escritores de mediados de siglo. Su suposición implícita, suposición que debe hacerse inevitablemente en casi todos los análisis históricos de cultura y política, es la de que estos pocos individuos expresan actitudes sostenidas ampliamente entre los contemporáneos menos notables y más silenciosos. Su estudio de las diferencias de las visiones del mundo entre conservadores y liberales es, a menudo, convincente; pero existen también algunas debilidades notables en el análisis.

Un dato muy importante para la visión de Colmenares de que se estaba desarrollando una burguesía emergente consciente de sí misma, es el hecho de que los años de 1850 están marcados por los esfuerzos civiles para reducir el tamaño del ejército y el papel de éste en la política, una postura civilista típicamente burguesa. Entre los problemas que presenta este argumento está el de que la oposición civil a la intromisión militar en la política no era algo nuevo; había sido la preocupación dominante desde los años de 1820 entre los comerciantes y los líderes políticos civiles, grupos que finalmente llegaron a formar el núcleo de los partidos liberal y conservador (3). Este civilismo de la

3. Acerca de la hostilidad civil hacia los militares en 1820, véase David Bushnell, *The Santander Regime in Gran Colombia* (Newark, Delaware, University of Delaware Press, 1954).

década de los 50 pudo haber expresado las actitudes de una burguesía, pero esa burguesía y ese civilismo estaban en escena desde hacía algún tiempo.

Parte de la evidencia que ofrece Colmenares para probar el antagonismo entre terratenientes y burguesía es también poco persuasiva. Aunque Colmenares señala que el líder conservador Mariano Ospina Rodríguez apoyó muchas reformas económicas liberales, afirma, sin embargo, que éste lo que realmente deseaba era defender el orden tradicional ante el surgimiento de la burguesía comercial. El texto que utiliza Colmenares en apoyo de esta afirmación es un artículo de 1848 en el que Ospina Rodríguez declara que la Nueva Granada, a pesar de su pobreza, ofrece condiciones sociales superiores a las de la Europa industrializada. Colmenares sugiere que la visión pastoril de Ospina de la Colombia del siglo XIX "puede explicarse como la pretensión conservadora de oponerse al ascenso de una burguesía de comerciantes... apoyándose para ello en las viejas estructuras agrarias que aseguraban una economía de subsistencia" (Colmenares, 1968, 172). Esta interpretación de Ospina Rodríguez no convence. En 1848 el órgano editorial del momento, de Ospina, compartía la opinión tan asociada con los liberales del período, de que los monopolios gubernamentales y otras restricciones institucionales a la empresa individual causaban a la economía ingentes pérdidas (*El Nacional*, Julio 5, 1848, citado en Grusin, 1978, 122). Esta postura que pedía la liberación de los recursos no explotados para la empresa privada, parece ser difícilmente compatible con la resistencia al cambio y a la movilidad socio-económica que Colmenares atribuye a Ospina.

Tanto la relación de Ospina con los comerciantes como su actitud hacia ellos, eran ambiguas. Ospina era hijo de una familia de terratenientes medianos, y en los comienzos de 1850 identificaba a los terratenientes (propietarios) como el fundamento social del partido conservador (Caro, 1953, 348-350). Pero la alianza política con los terratenientes no implicaba necesariamente una hostilidad hacia los comerciantes. En 1842 Ospina abogó para que los negocios comerciales fueran extraídos de las cortes ordinarias y que los comerciantes fueran los jueces de las disputas comerciales (Means, 1980, 148). Este tipo de arreglo tenía un precedente colonial en los consulados comerciales; pero era un sistema que concordaba fundamentalmente con los intereses de los comerciantes. En los primeros años de la década de los 40, época en la que Ospina dirigió un régimen conservador bastante opresivo, la clase peligrosa contra la cual se dirigieron sus esfuerzos no fue el elemento comercial, sino el grupo de egresados universitarios y de abogados subempleados, cuyas ambiciones insatisfechas Ospina (y otros conservadores) consideraba como la fuente de gran parte de la turbulencia política del país (Safford, 1976, 116).

Hubo, sin embargo, momentos de tensión en las relaciones de Ospina con los comerciantes de Bogotá. En 1859 Ospina, como presidente, al ver su gobierno amenazado por una rebelión liberal, suspendió, como medida fiscal, el pago de los derechos de importación con bonos estatales con grandes descuentos. Esta lesión a los intereses comerciales provocó una gran hostilidad entre los comerciantes, hacia quienes, Ospina, cuya atención estaba centrada en hacer frente a la rebelión, demostraba poca simpatía (4).

Por otra parte, aunque Ospina en ocasiones estaba lejos de ser cordial con los comerciantes como grupo, difícilmente puede ser considerado como anti-burgués o anti-comercial. El mismo desempeñó un papel dominante en el desarrollo de las plantaciones de café, primero durante su exilio en Guatemala en los años 60 y luego en Antioquia. Y, en la educación de sus hijos hizo todos los esfuerzos que estaban a su alcance para que fueran cabalmente burgueses, hasta el punto de insistir en que escribieran en un estilo llano y libre de toda locución elegante. Como muchos conservadores de la época envió a sus hijos a los Estados Unidos y a Europa para que obtuvieran un entrenamiento técnico y pudieran prepararse para una exitosa carrera en las actividades económicas (Safford, 1976, 153). Las actitudes de Ospina Rodríguez eran demasiado complejas como para caracterizarlo como un nostálgico y un defensor del antiguo orden.

El más importante ejemplo de Colmenares acerca de la hostilidad entre terratenientes y burguesía se localiza en el Valle del Cauca. Basándose en el testimonio de un tendencioso panfleto liberal político escrito en medio de violentos conflictos en esa zona, Colmenares acoge la idea de que los terratenientes aristócratas del Cauca eran "anti-republicanos". Aunque la fuente que utiliza Colmenares puede ser poco confiable, otras, mejores que la de Colmenares, tienden a apoyar la idea de un "anti-republicanismo" caucano en la década del 50. Al menos un importante conservador del Cauca, Sergio Arboleda, escribió extensamente en los años de 1850 acerca de su descontento con el

4. "Los egoístas de la calle Real (la principal vía comercial) de Bogotá, que desean un gobierno que les proporcione completa seguridad, en la que no exista ni un asomo de peligro o alarma, pero con la necesaria condición de que a ellos no les cuesta ni un centavo y ni siquiera la molestia de depositar un voto en la urna electoral, están tan enojados como los rojos debido a que el gobierno toma medidas para defenderlos. Es doloroso que el deber nos obligue a salvaguardar sus propiedades, manteniendo el orden, puesto que la Patria saldrá ganando si se pudiera hacer que estos caballeros recibieran otra lección práctica de gobierno Radical o draconiano. Los terratenientes de la Sabana de Bogotá no piensan lo mismo y demuestran estar dispuestos a apoyar el gobierno. (Mariano Ospina R. al Señor General Pedro Alcántara Herrán, Academia de Historia Bogotá). Y, "Los especuladores de bonos y los comerciantes de Bogotá están enojados con el gobierno porque éste suspendió el pago de los cupones de acuerdo con la ley; este enojo nos ayuda puesto que nos sentiremos menos turbados al tener que extraer fondos si llegara a ser necesario". Ospina a Herrán, 27 de septiembre de 1859, Archivo Herrán).

gobierno republicano. Hay que recalcar, sin embargo, que éstos escritos aparecieron después de 1850, a raíz de violentos ataques a los terratenientes conservadores del Cauca por parte del populacho instigado por los liberales. No se ha establecido claramente que estas actitudes fueran características de la totalidad de los terratenientes del Cauca, ni que hayan sido sostenidas antes de 1850 cuando los terratenientes conservadores fueron atacados por las masas populares. En la época anterior a 1850, de hecho, algunos pilares del conservatismo del Cauca como Joaquín y Rafael Mosquera eran empecinados republicanos. El antirepublicanismo de los años del 50, por tanto, debe ser considerado como una reacción a la violencia del pueblo y no como la expresión de visiones de clase de antigua data.

Además, el escepticismo de Sergio Arboleda acerca de la viabilidad del sistema republicano en la América hispana no significa necesariamente que su actitud haya sido anti-burguesa. El, como su hermano Julio, era un gran defensor de la expansión comercial y del libre comercio. En este punto Arboleda parece haber sido ampliamente representativo, puesto que recientes estudios de la región de Cali, llevados a cabo por José Escorcía y Richard Hyland, indican que durante todo el período de 1830-1870 existió una considerable presencia de los grandes terratenientes en el comercio, al igual que de los comerciantes en la tenencia de tierras (Escorcía, 1980, 35; Hyland, 1979, 140-153, 267, 270). La interpretación de la evolución del comercio y de la tenencia de tierras en el Cauca sugiere que Colmenares no identificó con suficiente precisión los intereses del grupo dominante de la región. Este grupo aparentemente *fue* lesionado económicamente por la abolición de la esclavitud, y la rebelión de algunos de ellos en 1851, parece ser, en parte, una expresión de este hecho. Pero es una equivocación deducir de la defensa de sus intereses en la esclavitud, una oposición más generalizada hacia la comercialización capitalista. En realidad, puede considerarse la esclavitud en sí misma como un aspecto de la comercialización capitalista, aunque desde el punto de vista del mercado laboral sea pre-capitalista.

No existe ninguna duda de que la sublevación de los años de 1850 en el Cauca fue en muchos aspectos un conflicto de clases. Sin embargo, es inexacto considerarlo como un conflicto entre interés terrateniente e interés comercial. Los estudios de Helguera y Escorcía dejan clara constancia de que en el Cauca la revolución de 1850 entrañó un esfuerzo por interrumpir el poder de una oligarquía terrateniente dominante (Helguera, 1970; Escorcía, 1980). Pero, puesto que muchos de los grandes terratenientes eran comerciantes puede considerárseles como la verdadera burguesía o como el elemento dominante de ella, en el Cauca. Además, tanto los pequeños terratenientes como los pequeños comerciantes figuraban entre sus oponentes.

Los elementos urbanos de clase media de Cali y del área circundante eran, de todas maneras, notablemente escasos. A principios de los años de 1850 había sólo seis abogados en Cali, todos ellos, con excepción de uno, derivaban su subsistencia más de sus propiedades que del ejercicio de su profesión. Dos de los tres más importantes líderes liberales que movilizaron a las masas en contra de los terratenientes conservadores eran, ellos mismos, terratenientes (Manuel D. Camacho) o tenían vínculos familiares con grandes terratenientes (Rafael Caicedo). Estos líderes visibles parecen haber sido secundados por un conjunto de oscuros oficiales militares, pequeños terratenientes y pequeños comerciantes que habían figurado entre los vencidos en la rebelión liberal de 1839-42 y, por consiguiente, habían sido marginados políticamente (Escorcía, 1980).

En su trabajo Escorcía arguye que *existía* un antagonismo social entre los elementos superiores e inferiores de los sectores altos en la política de mediados de siglo en el Cauca; pero su investigación deja en claro que las diferencias entre los dos no pueden ser definidas adecuadamente en términos de función económica. Tampoco se puede hablar de los grupos medios de liberales rebeldes (o mejor, grupos inferiores-superiores) como "emergentes", en el sentido de crecimiento en número y fuerza. León Helguera ha propuesto el argumento bastante convincente de que los líderes liberales en el Cauca movilizaron a los trabajadores agrícolas y a los pequeños hacendados en contra de los terratenientes dominantes, precisamente porque los grupos medios (o inferiores-superiores) del Cauca eran demasiado débiles para proporcionar una base suficiente para la defensa del nuevo régimen liberal (Helguera, 1970).

Es evidente que en la década de los 50 se estaba llevando a cabo un amplio proceso de comercialización en la sociedad colombiana. El interrogante es: ¿existía alguna resistencia organizada, proveniente de cualquier parte, contra este proceso? La respuesta parece ser negativa. La alarma acerca de este proceso de comercialización *fue* expresada en la literatura contemporánea. Colmenares señala en forma interesante y persuasiva las novelas de Eugenio Díaz; Díaz describió con mucha nostalgia el virtuoso orden social jerárquico, que él consideraba típico de las haciendas estáticas de las tierras altas orientales, y lo comparó con el sórdido desorden social de las plantaciones de tabaco de las tierras bajas comerciales. Es claro que estas obras literarias representaban una forma de resistencia ideológica a la comercialización. Pero esto no puede equiparse a una resistencia política organizada. Tampoco puede decirse que las actitudes de Eugenio Díaz fueran generales, aún entre los costumbristas.

Parece ser que la nostalgia tenía poco que ver con las posturas adoptadas por los políticos conservadores. Los líderes conservadores,

aún los que eran terratenientes "tradicionales" (o sea aquellos que no estaban comprometidos en la producción para la exportación), desempeñaron importantes papeles en la tarea de llevar adelante el proceso de liberación económica, expansión de las exportaciones y comercialización. Como lo hemos señalado anteriormente, los primeros y más cruciales pasos en el proceso de crear una economía de exportación que operara bajo un sistema de mercado libre individualista se dieron bajo la égida del General Tomás Cipriano de Mosquera. Mosquera era un gran terrateniente del alto Cauca, zona aislada de los movimientos del comercio, oficial militar de carrera en la época de la Independencia y, en momentos de su elección a la presidencia, un ardiente enemigo del partido liberal colombiano. La liberación económica que se llevó a cabo durante la administración de Mosquera es asociada generalmente con su tercer ministro de hacienda, Florentino González, el sumo sacerdote del liberalismo económico colombiano de mediados de siglo. González, desempeñó realmente un papel clave. Pero el proceso de liberalización se había iniciado efectivamente antes de que González apareciera en escena. El esfuerzo por expandir las exportaciones de tabaco colocando los centros de producción estatales en manos de compañías privadas, se había iniciado bajo el régimen conservador de Herrán (1841-1845), anterior al del General Mosquera, y fue continuado, bajo Mosquera, por un ministro de finanzas heredado de la administración anterior (5). El segundo ministro de hacienda de Mosquera, Lino de Pombo, librecambista y capitalista modernizador en asuntos económicos y conservador en asuntos políticos, fomentó aún más el comercio exterior eliminando las restricciones sobre las exportaciones de oro. Posteriormente, González trabajó sobre estas iniciativas, completando la privatización y la expansión de la industria tabacalera y disminuyendo los derechos de importación. Mosquera, que no era una simple figura decorativa, apoyó todas las iniciativas (Helguera, 1958, 304, 317-331, 353, 358).

Las tentativas de la administración Mosquera por liberalizar la economía doméstica, junto con su preocupación por aumentar las exportaciones, también se inició antes de que el liberal Florentino González ocupara el cargo de ministro de finanzas. Los intensos esfuerzos por fraccionar las tierras indígenas se iniciaron en 1845, casi dos años antes de que González se posesionara del cargo. Algunos empeños anteriores incluían las reformas de pesas y medidas y del sistema monetario, ambos con miras a incrementar el flujo de bienes hacia el mercado. Todas estas iniciativas, reforzadas aún más por las de Florentino González, ayudaron a crear el movimiento comercial que estimuló a los líderes de la clase alta de ambos partidos a proseguir con

5. Sergio Arboleda, *La República en América Española* (Bogotá, Banco Popular, 1972), 325-326, 330-331.

más ímpetu el proceso de liberalización después de 1849, fecha en la que el partido liberal llegó al poder.

La elección del candidato liberal José Hilario López, en 1849, produjo una pronunciada polarización —en parte debido a que era algo inherente a la transferencia del poder, en parte porque la elección de López fue obtenida bajo amenazas de violencia, en parte debido a que los liberales victoriosos movilizaron a las clases inferiores para que asaltaran a los conservadores y a las propiedades de éstos (en el Cauca). Además los liberales atacaban las instituciones más caras de los conservadores (particularmente la Iglesia). A pesar de la tensión partidista de los años de 1850, es interesante anotar que la mayoría de los conservadores continuó apoyando el proceso de liberalización económica y social. La participación conservadora en las reformas liberales de mediados de siglo ha sido subrayada recientemente por Jay Grusin, cuyo examen de los informes del congreso colombiano de la década de los 50 indica la existencia de un substancial apoyo bipartidista para la abolición del monopolio del tabaco, la disminución de aranceles, la abolición de la esclavitud y aún de la eliminación del diezmo. Tanto los liberales como los conservadores apoyaron el desmonte del estado central y el establecimiento de un sistema federal. (También hubo críticos de este proceso en los dos partidos políticos) (Grusin, 1978, 121, 124, 128-131, 157-160, 204-207). Resumiendo, a juzgar por el comportamiento político de los conservadores, fue más lo que ayudaron que lo que se resistieron a la liberalización económica y a la comercialización de la sociedad colombiana en las década de los 40 y los 50.

Si el apoyo bipartidista de la reforma de mitad de siglo arroja alguna duda sobre la asociación de la revolución liberal exclusivamente con el partido liberal, existe igual razón para dudar de que el partido liberal fuera particularmente el vehículo político de una clase comercial. Había insignes conservadores entre los más importantes comerciantes del país antes, durante y después de los años de 1850. En Bogotá, más de una docena de individuos identificados como conservadores fueron prominentes importadores entre 1830 y 1860 (6). Fuera de Bogotá, el vínculo entre política conservadora y comercio podía ser encontrado no

6. Los comerciantes de Bogotá que tenían vínculos políticos conservadores (1830-1860) incluían a Mariano Tanco, Raimundo Santamaría, Juan Clímaco Ordóñez, Vicente A. Martínez, Leopoldo Borda, Manuel Umaña, Luis María Cuervo, Lázaro María Pérez, Ramón Argáez, Wenceslao Pizano, Víctor Lugo, Ruperto Restrepo, José María Saravia Ferro, José Joaquín Borda. Aceca de Tanco véase a Gustavo Otero Muñoz, "Cien Cancilleres Colombianos", en *Historia de la Cancillería de San Carlos*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1942, 292 y *El Neo-Granadino*, Bogotá noviembre 14 de 1851. Para los demás véase "Boletín industrial", *El Tiempo*, Bogotá, 12 de octubre de 1857, y acerca de sus vínculos conservadores véase José María Cordobéz Moure, *Reminiscencias de Santa Fe* y Bogotá, Madrid, Aguilar, 1957, 48. 638-639, 1054, 1116.

sólo en Antioquia, sino también, como lo señalan Escorcía y Hyland, en el Cauca (Escorcía, 1980; Hyland, 1979, 140-152, 256-258, 267-270). Dos eminentes conservadores, Juan Clímaco Ordoñez y Vicente A. Martínez, fueron también importantes comerciantes de la región de Santander, al igual que de Bogotá, en los años de 1830 y 1840. En el período posterior a 1850 fueron sucedidos en el centro de Santander por Adolfo Harker y por otros conservadores en Bucaramanga.

Además del hecho de que los conservadores eran prominentes entre los comerciantes colombianos, la dicotomía terrateniente/comerciante liberal se destruye por otra razón. En la economía simple, inactiva y de pequeña escala que prevaleció en Colombia durante la mayor parte del siglo XIX, había muy poca especificidad de función entre las clases dominantes. Un individuo de la clase dominante era, muchas veces, ambas cosas: terrateniente y comerciante. Por supuesto, algunos individuos eran conocidos principalmente como comerciantes, otros lo eran como terratenientes. Por lo general, los contemporáneos los consideraban con frecuencia como dos tipos distintos. Pero en realidad había una fusión substancial entre las dos actividades; lo cual hace difícil concebirlos como grupos con intereses contrarios. Tampoco puede rescatarse realmente la división tradicional (como trataron de hacerlo Liévano Aguirre para mediados de siglo y Bergquist para los años de 1890) trazando una línea entre los terratenientes tradicionales que producían para la economía doméstica, por una parte, y los agricultores para la exportación o terratenientes comerciales, por otra. En ambos partidos había muchos hombres vinculados a la agricultura doméstica y al comercio exterior. Muchas de estas conclusiones, que extraje de un examen de las actividades económicas en la franja oriental de Colombia (1820-1870), han sido confirmadas recientemente para el Valle del Cauca (1850-1870) por Richard Hyland (Safford, 1972a y 1974; Hyland, 1979, 140-152, 256-258, 267-270).

Finalmente, no existe razón para creer que en los años anteriores a 1880 los intereses de la agricultura doméstica tradicional y los del sector exportador estuvieran en conflicto. Se podría aventurar la suposición de una posible competencia por la mano de obra entre los dos. Pero, la mayoría de los grandes terratenientes relacionados con la agricultura doméstica estaban dedicados a la cría de ganado y necesitaban muy poca mano de obra. Hasta donde yo sé, en la literatura periódica anterior a 1880 no se pueden encontrar quejas provenientes del sector agrícola doméstico en contra del sector exportador o viceversa. Se pregunta uno entonces, no sólo cual era la identidad de los agricultores tradicionales y de los comerciantes, que supuestamente estaban en conflicto; sino también, que clase de problemas económicos pudieron llevarlos al conflicto.

El propósito de estas afirmaciones no es el de negar el hecho de que en los años de 1850 ocurrió una revolución capitalista liberal, en el sentido de que muchas restricciones institucionales sobre la empresa individual (clase dominante) y sobre la libre operación de los factores económicos fueron abolidos por ella. Tampoco niegan la estrecha asociación del partido liberal en estos cambios. Pero el concepto convencional de una revolución burguesa liberal necesita ser modificado en los siguientes puntos: 1) El movimiento hacia el capitalismo liberal se inició mucho antes de que los liberales llegaran al poder en 1849 y lo que aconteció en la década de los 50 fue, hasta cierto punto, una intensificación y una realización de tendencias anteriores. 2) Si lo que sucedió en los años de 1850 fue una "revolución burguesa", muchos conservadores colombianos formaron parte de esa burguesía y eran, en términos económicos y aún en muchos aspectos políticos, también liberales. 3) En lo que hace a sus aspectos económicos, la "revolución" o tenía prácticamente enemigos entre la clase alta (o política). La única oposición de cierta importancia provino de las clases más pobres: una resistencia activa y al final violenta de parte de los artesanos de Bogotá, y una resistencia más pasiva y generalmente poco efectiva por parte del campesinado indígena.

Si existió un consenso inter-partidista del sector dominante acerca de los asuntos económicos y acerca de muchos asuntos sociales y políticos, ¿por qué fueron considerados como una "revolución" los acontecimientos de 1850, tanto por los contemporáneos como por analistas posteriores? En primer lugar, fue una "revolución" en el estricto sentido político puesto que el control del gobierno central pasó de un grupo político que lo había ejercido por doce años a otro que había tratado de tomarse el poder una década antes, pero no lo había logrado, y que por consiguiente había tenido que soportar una retribución dura aunque selectiva. Gran parte de la movilización revolucionaria de estos años estuvo vinculada a este cambio puramente partidista —con los liberales al igual que los conservadores manipulando a los artesanos y a otros elementos del sector inferior, usándolos como tropas de asalto en sus empeños por obtener y retener el poder.

Pero los primeros años de la década de los 50 fueron también años de revolución en un sentido más amplio. Los múltiples cambios en las instituciones y en las políticas fueron acompañados por un entusiasmo raramente visto, excepto bajo condiciones revolucionarias. Mientras que algunos colombianos del siglo XIX muchas veces se desesperaban por la lentitud del cambio de su sociedad, particularmente del cambio económico y tecnológico, durante los primeros años de 1850 los contemporáneos creían que su sociedad estaba sometida a una rápida y significativa renovación. Parte de este entusiasmo revolucionario puede ser atribuido a la influencia de la revolución europea de 1848 —al menos por un breve lapso la revolución estuvo de moda—. Hay que señalar que

cuando la noticia del derrocamiento de Luis Felipe llegó a Bogotá, aún el supuestamente archi-conservador Mariano Ospina Rodríguez celebró este triunfo del republicanismo con el repicar de campanas de las iglesias. La Revolución de 1848, sin embargo, no pudo haber sido la única responsable por el entusiasmo por cambios drásticos, entusiasmo que en Colombia continuó hasta 1854, ya que en varios países de América Latina muchos miembros de la clase política mostraron pronto su desconcierto por la revolución europea, adoptando una opinión muy hostil a los acontecimientos socialistas que siguieron al derrocamiento de la monarquía francesa. En Bogotá el entusiasmo inicialmente engendrado, en parte, por la revolución en Europa, se sostuvo debido a que estas influencias europeas se unieron tumultuosamente con el surgimiento, a finales de los años de 1840, de una nueva generación política.

Es necesario reconocer la existencia de un conflicto generacional para lograr la comprensión de la dinámica política de los años de 1850 en muchas partes de Hispanoamérica. Moisés González Navarro ha descrito el rechazo, en el Méjico de la década de los 50, por parte de los jóvenes liberales de sus "inútiles padres" que habían fracasado en el cumplimiento de la promesa de la independencia mejicana (González Navarro 1977, 158-160, 283). Expresiones similares de superioridad juvenil para con la agotada generación que había llevado a cabo la independencia hispanoamericana y que aún dominaba la política de la mayoría de los países pueden encontrarse en el Perú, en Chile y también en Colombia. Tulio Halperín Donghi ha atribuido estas afirmaciones políticas de la nueva generación emergente de los años 40 a una expresión de la frustración experimentada ante las tres décadas de monopolio del poder que ejercieron los hombres de la independencia y a la aparente posibilidad de que no había un puesto en el banquete para nuevos reclutas en la clase política (Halperín Donghi, 1973, 127-130). No obstante, la retórica revolucionaria de la nueva generación fue inspirada indudablemente por los recientes sucesos europeos. Estimulada por la revolución de 1848 e inspirada por los fragmentos de literatura utópica francesa que habían llegado a las costas latinoamericanas, y aun así profundamente influenciada por el nuevo pulso del liberalismo económico que emanaba de Inglaterra con la extinción de las "Leyes Cerealistas", esta generación de la Clase política promovió y defendió movimientos que favorecían un espíritu más igualitario y la democratización de las instituciones dentro de sus sociedades. Reivindicaban un deseo de rehacer su sociedad para destruir los remanentes de las instituciones coloniales, confiados en que ellos completarían la tarea de liberalización en la que la generación de sus padres había fracasado. A la nueva generación, el ejemplo revolucionario y la ideología igualitaria de 1848 le proporcionó una justificación para desplazar a la generación política de sus padres.

En algunas partes de Hispanoamérica esta rivalidad generacional se entremezclaba con tensiones que surgían de otro tipo de estratificación social. En Méjico, los historiadores, desde Justo Sierra hasta los intérpretes actuales, han señalado que muchos de los líderes liberales del período de la Reforma eran provincianos educados en los nuevos institutos laicos fundados en las ciudades más grandes en el período post-independentista (Sierra, 1969, 203-205, 226; Sinkin, 1979, 174). En Méjico se consideraba que la nueva generación de liberales de mediados de siglo estaba constituida ampliamente por mestizos que habían sufrido una discriminación socio-racial (Sinkin, 1979 40). En Colombia parece que la discriminación racial no fue un factor políticamente importante, con excepción del Cauca, y tal vez, de la costa del Caribe. No obstante la situación era similar a la de Méjico, por el hecho de que muchos liberales jóvenes eran miembros de familias del sector dominante pero provincianas, cuyo ingreso a la clase política fue posible, hasta cierto punto, por el establecimiento en el período post-independentista de escuelas secundarias fuera de la capital. Sin embargo, aunque las escuelas secundarias provinciales abrieron canales de movilidad, la élite política reinante se preocupó por el reto que se presentaría, con toda probabilidad, con la llegada de oleadas de jóvenes abogados políticamente ambiciosos y económicamente subempleados provenientes de las provincias. En parte por esta razón, los conservadores que controlaron el gobierno nacional entre 1837 y 1845 trataron de restringir estos canales al hacer que fuera prácticamente imposible que las instituciones provinciales otorgaran títulos, y aunque proporcionarían instrucción en las disciplinas del derecho y la medicina. La frustración de las élites provinciales ante las políticas del gobierno central que limitaban el desarrollo de escuelas secundarias en las provincias proporcionó una de las motivaciones para el intento de mediados de siglo por debilitar los controles del gobierno central, reforzar la autonomía provincial y, en general, por democratizar las instituciones políticas y algunas instituciones sociales. Es diciente el que uno de los primeros actos de la nueva generación política fuera la eliminación de controles centralizados sobre la educación secundaria y universitaria y el libre acceso a las profesiones (Safford, 1976, 99-140; Young, 1970).

Entre los méritos de la interpretación socioeconómica de Colmenares está su reconocimiento de la rivalidad generacional de los años de 1850. En realidad, parece que hubo tensiones generacionales dentro de ambos partidos políticos. Por ejemplo, hacia finales de la década de los 40, el joven conservador Julio Arboleda se atrevió a exigir la expulsión de los jesuitas recién traídos al país por la generación de su padre. Pero la rivalidad entre jóvenes y viejos era mucho más notable los liberales, que se dividieron en gólgotas y draconianos; los gólgotas eran en su mayor parte graduados universitarios recientes y los draconianos eran principalmente hombres activos en la política desde la época de la

Independencia o, como mínimo desde 1830. Los gólgotas se llamaron así debido a que adoptaron la retórica del socialismo cristiano de Lammenais, si bien las políticas favorecidas por ellos eran las del laissez-faire liberal. En asuntos políticos los gólgotas diferían de los draconianos en tres aspectos principales: 1) los gólgotas tendían a ser libremercantistas doctrinarios, mientras que los draconianos receptivos a la utilidad política de la alianza con los artesanos de Bogotá, defendían los aranceles proteccionistas; 2) los gólgotas deseaban descentralizar el poder, mientras que los draconianos temían que un gobierno central débil fuera incapaz de reprimir la rebelión o, en general, de funcionar; 3) conforme a su postura, los gólgotas deseaban debilitar y reducir el tamaño del ejército permanente, considerado por ellos como una amenaza a la democracia, mientras que los draconianos trataban de defender la milicia nacional como parte esencial para el mantenimiento del control central (esta política hizo que se ganaran su sobrenombre).

Aunque Colmenares acierta al señalar la rivalidad generacional de los años de 1850, creo que se equivoca al especificar las características sociales de las dos facciones generacionales. Tomando en cuenta las posiciones políticas y las identidades de algunos miembros individuales de cada grupo, Colmenares describe a los draconianos como oficiales militares y a los gólgotas como comerciantes. Esta identificación tiene una simetría agradable pero, desafortunadamente, simplifica la situación. Aunque un número de draconianos eran oficiales militares, muchos de estos antiguos seguidores del General Francisco de Paula Santander, tenían ocupaciones civiles típicas del sector alto —abogados, escritores, profesores y comerciantes—. Por otra parte, la mayoría de los gólgotas de principios de 1850 no eran comerciantes sino jóvenes graduados en derecho que estaban empeñados principalmente en carreras literarias y políticas. Existe una tendencia a generalizar acerca de este hecho a partir de un único caso: la familia Samper, familia de comerciantes, uno de cuyos miembros (José María Samper) creó el término de gólgota para designar a su propio grupo político; aún en este caso las apariencias engañan, puesto que los Samper que se dedicaban al comercio no eran gólgotas y ni siquiera participaban mucho en la política.

Finalmente, un número de gólgotas se dedicó al comercio o a la agricultura para la exportación. Pero la mayor parte de ellos lo hicieron después de haberse comprometido con políticas que favorecían estas actividades. La mayoría de los gólgotas que se dedicó a la agricultura para la exportación y/o al comercio exterior, lo hizo sólo después de 1853, cuando los liberales más radicales estaban siendo excluidos cada vez más del poder ejecutivo (aproximadamente por una década). En los años posteriores a 1853, eminentes gólgotas (y también jóvenes conservadores) empezaron a cultivar o a negociar con tabaco y añil en el valle del Alto Magdalena, a establecerse como comisionistas traficando

con influencias políticas (derivando compensaciones gubernamentales por propiedades incautadas en tiempo de guerra civil), y a importar en pequeña escala. Un poco más tarde, después de 1870, estos gólgotas y conservadores de la misma generación, tomaron parte en la fundación de los primeros bancos comerciales del país. Una vez más, sin embargo, hay que recalcar que todas estas actividades ocurrieron *después* de que esta generación había realizado su compromiso político con el libre comercio en los inicios de la década de 1850. En otra palabra, el interés al que servían en sus acciones políticas iniciales era más potencial o futuro que real.

¿Cómo puede interpretarse esta secuencia de acciones? Una posibilidad: estos jóvenes liberales y conservadores liberal-manchesterialianos, completamente convencidos por los argumentos de Florentino González de que el crecimiento económico del país dependía del desarrollo de las industrias tropicales de exportación en el valle del Alto Magdalena, actuaron de acuerdo con estas creencias, y al ser desplazados al margen del poder político volvieron su atención precisamente en aquella dirección. Aunque esta interpretación puede parecer algo ingenua, existe un antecedente en la historia económica de Colombia de la acción empresarial siguiendo los pasos de una convicción ideológica. Algunos líderes políticos de Colombia, en los primeros años de la década de los 30, abogaron por un arancel proteccionista con miras a proteger a los tejedores rurales del país y a reducir la sangría de circulante que se estaba produciendo por los pagos de textiles británicos importados. Sólo posteriormente algunos de éstos individuos trataron de establecer empresas industriales, la mayoría de ellas productoras de bienes que no estaban gravados con un arancel proteccionista especial. En este caso es posible explicar su proteccionismo y su posterior actividad industrial como dos expresiones relacionadas, pero distintas, de un compromiso con una autarquía defensiva. Puede percibirse el mismo patrón de convicción económica dirigiendo la empresa entre los actores políticos y económicos del período de 1850-1880. Por ejemplo, los antiguos gólgotas Salvador Camacho Roldan y Nicolás Pereira Gamba, en la década de 1860, emprendieron la importación de maquinaria agrícola, no porque se hubiera comprobado que era un negocio de grandes utilidades sino porque creían que el país debía tener una tecnología agrícola moderna —y resultó, desgraciadamente, que esta creencia no era compartida por los grandes terratenientes que ellos consideraban como clientes potenciales.

La ideología también pudo haber guiado a la empresa en una forma muy diferente: determinando qué tipo de actividad podían ser consideradas responsables. Debido a la fuerte orientación hacia el comercio exterior en el período de 1850-1880, y a la creencia reinante de un crecimiento dirigido por la exportación, se tendió a considerar a los

individuos comprometidos en la agricultura para la exportación como héroes nacionales, como hombres involucrados en nuevas, difíciles y trascendentales empresas (Rivas, 1946). De manera similar, las personas involucradas en el comercio de importación-exportación, aunque no eran consideradas particularmente heroicas, eran vistas como personas comprometidas en una actividad importante y altamente respetable. Esta puede ser una de las razones del por qué los políticos que no estaban en el poder, liberales o conservadores, se volvieron con tanta frecuencia hacia estos dos tipos de negocios durante el período de 1850-1880.

Aquellos que tienen una visión materialista pueden encontrar una explicación más convincente de esta secuencia —que la nueva generación simple y sencilla percibía sus intereses con mucha claridad (por ejemplo, Palacios, 1979, 22). Como hombres "nuevos"— de los sectores altos pero provenientes por lo general de las provincias y sin ser particularmente acaudalados —la mayoría no tenía los medios económicos suficientes para comprar las mejores tierras, aquellas más cercanas a los mercados de Bogotá, Medellín y otras ciudades grandes. Para muchos de estos hombres la apertura hacia el comercio exterior representaba un medio de rápido enriquecimiento y, por tanto, una ruta alterna hacia la respetabilidad económica. Desde luego, gran parte de la retórica de mediados de siglo que favorecía la extinción de los controles estatales sobre la producción de tabaco recalcaba la función de esta medida en la apertura de nuevas oportunidades económicas. Igualmente, muchas políticas subsiguientes, practicadas por los regímenes liberales de 1850-1870 pueden ser comprendidas como esfuerzos por poner nuevos recursos al alcance de los incipientes empresarios del sector alto —por ejemplo, la completa expropiación de la tierras públicas y la apropiación de las tierras poseídas por las comunidades indígenas y las fundaciones religiosas—.

Para resumir los puntos centrales de esta exposición de la "revolución liberal" de mediados de siglo: este fenómeno estimuló indudablemente el crecimiento de la burguesía comercial. Sin embargo, este desarrollo no fue combatido, al menos políticamente, por los terratenientes tradicionales, a quienes no parecía que sus intereses inmediatos estuvieran en clara oposición con los de los comerciantes; de cualquier modo, cierto número de terratenientes tradicionales eran también comerciantes. Tampoco puede considerarse a este movimiento hacia un capitalismo comercial irrestricto como una obra llevada a cabo enteramente por los liberales. Los conservadores tuvieron un activo papel en el movimiento desde sus inicios; de hecho, algunos de sus momentos más significativos ocurrieron bajo un gobierno conservador. Si lo que ocurrió a mediados de siglo fue una "revolución" burguesa, muchos conservadores colombianos formaron parte de esa burguesía y fueron, en términos económicos y aún en algunos términos políticos,

liberales. Muchos de estos conservadores habían sido en realidad ejemplares de una burguesía comercial liberal por cerca de dos décadas antes de la "revolución" de mediados de siglo. Lo que sucedió a mediados de siglo fue, por consiguiente, el fortalecimiento de una burguesía bipartidista pre-existente, debido al incremento del flujo del comercio exterior permitido por el aumento de las exportaciones después de 1845. Debido, en parte, a las contiendas faccionarias conservadoras y, en parte, a las amenazas de violencia, el partido liberal logró obtener el poder en 1849, cuando este proceso de expansión comercial estaba aún en su primera etapa. Per las realidades económicas eran tales que la liberación del capitalismo comercial y el fortalecimiento de la burguesía comercial habría ocurrido sin importar que partido controlase el poder.

II. PATRONES SOCIOECONOMICOS EN LA POLÍTICA POSTERIOR A 1863

La exposición anterior ha subrayado que si bien la política colombiana de mediados del siglo XIX fue claramente modelada por los intereses económicos del sector dominante, esos intereses eran por lo general solidarios y no estaban divididos ni en bloques ocupacionales ni en los de partido. Terratenientes y comerciantes, liberales y conservadores, estaban unidos en un consenso acerca de las políticas económicas, que en su gran mayoría eran percibidas como potencialmente provechosas para casi todos los miembros de la clase dominante. Esto fue así mientras que el impulso principal de la política gubernamental se limitó simplemente a abrir a la explotación irrestricta de la clase dominante recursos que previamente habían sido controlados o restringidos —por ejemplo, las regiones tabacaleras, las tierras indígenas, eclesiásticas o públicas, y la mano de obra campesina indígena. Hasta mediados de la década de los 60 la política gubernamental tuvo por lo general este carácter de renuncia. Por consiguiente, mientras los políticos de la clase dominante tuvieron interés en controlar al gobierno en razón de los empleos, patronazgos y otras prebendas que este pudiera otorgar, ningún grupo económico funcional de la clase dominante estuvo interesado en cambiar la dirección general de la política económica.

Después de mediados de 1860, sin embargo, esta situación empezó a cambiar a medida que el gobierno colombiano asumió un papel cada vez más activo en el fomento del desarrollo económico. Cuando el gobierno nacional empezó a utilizar la política y los recursos para favorecer un interés económico en detrimento de otro, la política en Colombia empezó a reflejar, por primera vez, intereses económicos en conflicto. Entre 1868 y 1880, sin embargo, los intereses en pugna eran más los de las principales regiones del país que los de las ocupaciones o los grupos económicos funcionales. Durante este período, uno de los principales

focos de preocupación de la clase dominante era el desarrollo del transporte. Gran parte de la construcción de caminos y ferrovías fue patrocinada por los nueve estados colombianos que, con la estructura federal ratificada en 1863, poseían una parte importante de los recursos fiscales del país. Pero en la década de los 70 el papel del gobierno nacional en el mejoramiento del transporte aumentó. A medida que el presupuesto nacional empezó a adquirir importancia como adjudicador de recursos fiscales, las demandas regionales conflictivas empezaron a encontrar expresión en la política. Durante los años de 1870, el principal punto de discordia fue el propuesto Ferrocarril del Norte, proyectado para unir a Bogotá y a los estados de Boyacá y Santander con el río Magdalena, la principal arteria comercial de Colombia. A este formidable proyecto, que nunca fue terminado, se le dio preferencia en el presupuesto nacional por parte de la administración liberal radical dominante, cuyas bases políticas más importantes estaban situadas precisamente en las provincias orientales que serían las beneficiarias exclusivas del Ferrocarril del Norte. La absorción de la mayor parte del presupuesto nacional de transporte por parte del Ferrocarril del Norte y de las provincias orientales provocó el resentimiento de las regiones no beneficiadas por el proyecto, principalmente el Cauca y la costa Caribe. Este hecho se constituyó en un importante elemento para la alianza política de las regiones occidentales y costeñas que llevó a su fin al gobierno radical entre 1877 y 1880. (Delpar, 1967, 193-195; Park, 1975, 123-125).

Entre 1876 y 1886 la política colombiana fue dramáticamente reorientada por Rafael Núñez, el líder político dominante desde 1875 hasta su muerte en 1894. Núñez, un liberal de la costa Caribe, logró entre 1875 y 1880 obtener el apoyo del Cauca y de la Costa, tal vez las dos regiones más irritadas por las políticas radicales que favorecían la parte oriental del país. A este apoyo regional, Núñez agregó la adhesión de algunos liberales de los estados orientales que creían que un gobierno de Núñez que contara con un amplio respaldo estaría mejor capacitado para preservar el orden y conseguir un desarrollo económico nacional. Núñez, sin embargo, una vez posesionado del cargo sorprendió a los dos grupos de adherentes iniciales. Aunque había llegado al poder en parte gracias al apoyo regional, Núñez demostró ser un vigoroso centralista. También sorprendió a sus partidarios liberales, casi todos más o menos liberales manchesterianos en los económico, al abogar por un arancel proteccionista para ayudar a los artesanos nacionales y, más importante aún, al abogar por la creación de un banco emisor estatal cuyo papel moneda fue considerado como una amenaza por los bancos privados existentes. Estas dos medidas provocaron la protesta de los liberales e hicieron que muchos de los primeros partidarios de Núñez lo abandonaran. Sin embargo, el centralismo de Núñez, no así su proteccionismo, encontró apoyo entre muchos conservadores (Park, 1975, 304). Núñez trató de gobernar mediante una coalición que incluía

conservadores, algunos liberales radicales y a sus propios liberales independientes. Una rebelión liberal radical en Santander en 1885-86, motivada por un faccionalismo político y alimentada por una depresión económica en ese estado, llevó a un rompimiento entre Núñez y los radicales y a su alianza política con un segmento del partido conservador (Park, 1975, 354-356). A partir de 1886, Núñez junto con sus aliados conservadores ejerció un centralismo aún más vigoroso. Este hecho fue expresado políticamente en la constitución de 1886, redactada en gran parte por el conservador Miguel Antonio Caro, que convirtió a los nueve estados "soberanos" del país en departamentos controlados centralmente, regidos por gobernadores nombrados por el presidente (en cambio de gobernadores elegidos como se hacía anteriormente). El poder del presidente fue ampliado extendiendo el período de gobierno de dos a seis años y concediéndole facultades extraordinarias. Económicamente, este giro hacia el centralismo se expresó en un aumento de gastos del gobierno nacional, en especial en una ampliación del ejército nacional, pero también en ferrovías y en otros empeños desarrollistas, y en el financiamiento de estos gastos mediante emisiones del papel moneda del banco estatal.

Las medidas económicas de Núñez, especialmente la creación del Banco Nacional emisor, chocaron con los intereses de la élite comercial de la nación. Críticos posteriores han solido subrayar el hecho de que esta innovación tuvo que hacer frente a la resistencia de los comerciantes y los banqueros, porque interrumpía su casi exclusivo control sobre el establecimiento del crédito (Liévano Aguirre, 1960, 300). Esto puede haber sido cierto. Sin embargo, también es cierto que estos individuos tenían razones para temer a un banco emisor controlado por el gobierno. Podían sospechar una probable mala administración gubernamental y una profusión desbordada del nuevo numerario. Mientras que un circulante depreciado tuviera que ser aceptado en pago por las deudas, los comerciantes y los banqueros tendrían que enfrentar la necesidad de aceptar un pago en papel moneda devaluado por deudas contraídas en circulantes más fuertes. Además, el nuevo papel moneda estatal introducía otro elemento de incertidumbre en un ambiente de negocios de por sí poco estable, haciendo que el contraer obligaciones a largo Plazo, especialmente en moneda fuerte europea, fuera algo problemático. Ya sea que se tenga una opinión negativa o benévola de la élite comercial colombiana, el hecho es, sin embargo, que le hizo frente al Banco Nacional y a su papel moneda. Cuando los comerciantes y los banqueros no oficiales se rehusaron a proporcionar un respaldo de capital al Banco Nacional y a aceptar los billetes de éste por su valor nominal, Núñez hizo que fueran recibidos obligatoriamente (1885) y en 1887 prohibió a los bancos no oficiales la emisión de billetes.

Desde 1891 el régimen de Núñez tuvo que hacer frente a la oposición de la mayoría de los liberales radicales y de un importante segmento del

partido conservador, que atacaban al gobierno por estar llevando a cabo gastos excesivos y por estar pagándolos con un papel moneda no convertible, y lo censuraban por abuso de autoridad, corrupción financiera y manipulación electoral. Entre 1892 y 1896, con la ausencia de Núñez del ejercicio activo del poder, primero por enfermedad y luego por muerte, el vicepresidente Miguel Antonio Caro reaccionó a las críticas haciendo uso de las facultades extraordinarias para suspender la publicación de periódicos, encarcelar a los editores e impresores y enviar a los oponentes políticos al exilio (1892-94). Después de la muerte de Núñez, en 1885 y posteriormente en 1899, los liberales radicales se rebelaron en contra del régimen iniciado por Núñez y Caro. Después de la larga guerra de 1899-1902 (la Guerra de los Mil días), los nacionalistas de Núñez emergieron triunfantes de las acciones militares liberales y de las maquinaciones de los conservadores disidentes. No obstante, después de 1904, los conservadores que habían discrepado con la Regeneración lograron obtener el control del gobierno. En el poder durante la mayor parte del período de 1904 a 1930, mantuvieron la estructura política centralizada de Núñez, pero la pusieron más claramente al servicio de la élite comercial financiera (Bergquist, 1978, 195-262).

Las interpretaciones socioeconómicas de la época de la Regeneración (aproximadamente 1880-1900) que discutiremos aquí son las de Indalecio Liévano Aguirre (1944), Luis Eduardo Nieto Arteta (1958) y Charles Bergquist (1976 y 1978); haremos también algunas referencias a los análisis económicos de Miguel Urrutia (1972), Darío Bustamante Roldan (1974) y Marco Palacios (1979 y 1980).

Con excepción de la interpretación de Nieto Arteta, estos trabajos discuten la política gubernamental y los intereses económicos afectados por ella, y todos concuerdan en la visión de una clase comercial unida en oposición al régimen de la Regeneración. El estudio de Nieto Arteta se interesa menos por la política que por la "cultura económica", pero también considera a los comerciantes y a los agricultores exportadores como un grupo definido, contrapuesto a una clase de terratenientes tradicionales.

El análisis de Liévano, en el primero de sus trabajos más importantes, es a la vez asombrosamente perceptivo y, sin embargo, en ocasiones, tendenciosamente equivocado. Liévano en todos sus trabajos prefiere ver la dinámica histórica como una lucha maniquea entre héroes y villanos; en este caso exaltando a Núñez como un omnividente nacionalista (a quien Liévano claramente considera un teodelo para los políticos contemporáneos) y mostrando a los comerciantes colombianos como monopolistas explotadores y usureros. El cáustico trato que Liévano da a los comerciantes tiene sus ventajas y sus desventajas. Su enconada visión de los capitalistas comerciantes le permitió detectar el

funcionamiento de los intereses económicos que se movían detrás de la escena política, pero al mismo tiempo lo llevó a algunas interpretaciones erróneas de los procesos económicos del país.

Un ejemplo de la fragilidad del análisis de Liévano puede ser encontrado en su explicación del fracaso de Colombia en el desarrollo de las manufacturas antes de 1880. Liévano atribuye este fracaso exclusivamente a las políticas de comercio liberales de 1847-1880. Señala correctamente el hecho de que esas políticas fueron apoyadas tanto por liberales como por conservadores, y ataca a los economistas criollos de Colombia por haberse dejado engañar y creer a ciegas en las doctrinas librecambistas europeas, doctrinas librecambistas europeas, doctrinas propagadas por los países europeos para su propio provecho (Liévano. Aguirre, 1960, 119,192-193). Esta explicación de no-desarrollo en términos de política librecambista (posteriormente adoptada y expandida exhaustivamente por Willian P. Me Greevey) tiene cierta parte de verdad. Pero también es simplista por su omisión de tomar en cuenta las condiciones económicas reales existentes en Colombia y que también impidieron la industrialización: la topografía del país y el alto costo del transporte por tierra, que hicieron imposible la existencia de un mercado nacional integrado; el alto costo del capital en condiciones de crónica inestabilidad política; la falta de una base de consumidores *de* importancia; etc. De igual forma, el ataque de Liévano a los líderes de mediados de siglo por su compromiso con el librecambismo y la economía de exportación, pasa por alto el hecho de que esos líderes tomaron dicha decisión recordando el fracaso de anteriores intentos por establecer empresas manufactureras.

La mezcla de claridad y ofuscación de Liévano se hace, quizás, más notable en su tratamiento de los asuntos monetarios y bancarios. Antes de que Liévano escribiera su obra, las concepciones del período estaban fuertemente influenciadas por los escritos de los portavoces de los intereses comerciales y bancarios que se oponían resueltamente al papel moneda no convertible de Núñez. Estas exposiciones criticaban enfáticamente las políticas de Núñez alegando que eran inflacionarias, multiplicaban la incertidumbre económica y de esta forma desestimulaban la empresa. El relato de Liévano cambió los términos de la discusión, considerando la batalla acerca de la política monetaria en los años de 1880 y 1890 como una verdadera lucha para determinar si la economía continuaría siendo controlada por un oligopolio privado o sería puesta bajo el control del estado nacional.

En el análisis de Liévano, el patrón oro era la clave del control por parte del oligopolio comercial, mientras que las emisiones estatales de papel moneda eran un instrumento crítico para el manejo político de la economía. Liévano ve la adopción del patrón oro, realizada por los

radicales en 1871, como un importante paso que favoreció a los comerciantes capitalistas. La moneda oro proporcionaba el tipo de moneda fuerte que necesitaban los importadores para pagar sus deudas en el exterior. Además, el drenaje de esta moneda oro ocasionado por el pago de las importaciones (en tiempos de déficit comercial crónico) produjo una escasez de circulante que hizo que prevalecieran unas tasas de interés usureras. Liévano arguye que las utilidades de los préstamos de dinero en estas circunstancias indujeron a los pocos poseedores de moneda oro, los comerciantes capitalistas, a fundar bancos comerciales con miras a sistematizar y extender sus actividades usureras. Por tanto, las políticas posteriores de Núñez, especialmente después de 1886, que tendieron a minar los bancos comerciales y a remplazar sus billetes con papel moneda estatal, son consideradas por Liévano como un intento por romper el control monopolista privado del crédito y de usar los recursos crediticios en pro de la utilidad social (Liévano Aguirre, 1960, 300-312).

El análisis de Liévano de este punto es, a la vez, correcto y erróneo. Los comerciantes capitalistas tenían ciertamente interés en la moneda fuerte que fomentaba el patrón oro, pero la comprensión de Liévano de las circunstancias involucradas en la fundación de los bancos comerciales es substancialmente errónea. El primer banco comercial de propiedad colombiana fue fundado en 1870, antes de la adopción del patrón oro. Segundo, los bancos fueron fundados, en Colombia como en otras partes, principalmente como una respuesta al crecimiento del comercio exterior y con el propósito de fomentar este comercio. Su interés no era el prestar dinero a interés usurero al público en general, sino, principalmente, el de proporcionar un crédito más barato para facilitar el intercambio exterior a los comerciantes. En realidad, parece ser que al ampliar la oferta de circulante, redujeron en algo las tasas de interés —al menos para sus clientes preferidos: los comerciantes—. En cambio de atacar a los bancos tildándolos de instrumentos de usura, Liévano pudo haberlos atacado acusándolos, con más propiedad, de ser bastiones de privilegios comerciales. A pesar de que su comprensión de las funciones reales de los bancos privados era defectuosa, Liévano hizo sin embargo una importante contribución al describir los asuntos monetarios y bancarios de las décadas de los 80 y los 90 esencialmente como el reflejo de una lucha del control privado vs. el control público de los recursos económicos. Como lo ha señalado Darío Bustamante, Liévano ensalzó los motivos de Núñez para establecer un control público, considerándolos como una mira para usar los recursos bancarios para un bienestar social más amplio, mientras que Núñez estaba en realidad, interesado en remediar un problema fiscal (Bustamante, 1974, 584). No obstante, el enfoque de Liévano sobre las implicaciones económico-políticas del asunto bancario sirvió como punto de partida para el análisis de Bustamante, un análisis mucho más elaborado y más sofisticado a nivel de análisis económico.

La discusión de Liévano de 1944, acerca de Núñez, fue completada por un ensayo interpretativo bastante diferente sobre el período de 1880-19X4, elaborado por Luis Eduardo Nieto Arteta en los años de 1950. Su obra *El café en la sociedad colombiana* esbozó los efectos transformadores del café en la economía, la sociedad y la política colombianas. Nieto Arteta consideró la expansión del café, posterior a 1870, como el factor que llevó a la madurez los esfuerzos por lograr un desarrollo accionado por la exportación que, previamente, habían tenido sólo éxitos transitorios con algunos productos como el tabaco, el añil, y la quina. Nieto Arteta arguyó que los breves ciclos de éxito y fracaso experimentados con estos primeros productos fueron directamente responsables por la inestabilidad política de los años anteriores a 1880. El último (y mejor) ejemplo de inestabilidad política inducida por los ciclos de exportación fue el de la guerra civil de 1885, que ocurrió en el contexto del colapso de los mercados exteriores para la quina colombiana. El café, en cambio, trajo estabilidad debido a que *requería* estabilidad. Exigía inversiones a plazos más largos que los anteriores productos, demandaba una vigilancia de las condiciones del mercado mundial, por tanto, indujo a una mayor racionalidad comercial. El café, debido a que se adaptaba bien a la topografía y al clima colombianos, podía ser producido a mayor escala y en muchas más regiones que los productos anteriores. Ofrecía además un empleo más regular. De esta forma creaba un mercado nacional y con éste, las condiciones para la industrialización. El café, por tanto, trajo consigo la transformación tanto de las condiciones económicas como de las actitudes económicas y políticas. "El café había producido la seriedad". En este sentido decía, "el café es incompatible con la anarquía" (Nieto Arteta, 1971, 31-40).

Nieto Arteta asociaba el desarrollo de esta racionalidad comercial estimulada por el café con el ascenso de un nuevo tipo de terrateniente - liberal modernizado. Contrastaba a estos nuevos terratenientes comerciales con los aristocráticos terratenientes reaccionarios de las tierras altas del interior, cuyas propiedades producían más para los mercados locales que para el complejo mercado mundial. Estas haciendas de las tierras altas se caracterizaban por: "...una reposada vida económica. Se cultiva y se produce lo necesario para el consumo familiar... y para un limitado comercio local. Hay mansedumbre y sosiego. Hay costumbres coloniales —sincera devoción religiosa... La cultura que se forma renuncia deliberadamente a la aprehensión del mundo que rodea al hombre. Está vertida hacia el interior, vuelve al pasado, a un pasado que no se quiere superar". Los humanistas alejados de lo mundano como el filólogo Rufino José Cuervo y el archi-conservador filósofo-político Miguel Antonio Caro fueron productos típicos de esta cultura económica.

En Colombia el mundo del café produjo hombres prácticos, hombres que hicieron frente a las complejidades del mercado internacional y a las

realidades de la industrialización. El mundo del café condujo a la moderación política, cuyo mejor ejemplo es el "republicanismo" orientado hacia los negocios de los conservadores de Antioquia (conocidos en los años de 1890 como conservadores históricos), y su hombre más representativo Pedro Nel Ospina, ingeniero, empresario cafetero y, como presidente, creador del Banco de la República (Nieto Arteta, 1971, 47-53).

El ensayo de Nieto Arteta sobre el café, aunque mucho más breve y menos conocido que su obra anterior *Economía y Cultura*, es superior a ésta por la comprensión de las realidades históricas que describe. También ha ejercido su influencia. Para citar sólo algunos ejemplos relativamente recientes, su análisis del impacto del café en la economía se repite en parte, pero con algunos rasgos nuevos, en el estudio de McGreevey acerca del mismo tema (McGreevey, 1971, 183-243). Y la exposición de Nieto Arteta sobre el impacto del café en la sociedad y en la política colombianas —con su énfasis sobre el contraste entre los caficultores liberales y conservadores moderados orientados hacia el exterior y de mentalidad comercial, por una parte; y los introvertidos archiconservadores de las haciendas de la Sabana de Bogotá, por otra,— es igual a la expuesta posteriormente en la obra *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*. De hecho esta concepción proporciona la premisa básica para la comprensión que tiene Bergquist de la dinámica socio-económico-política del período. Sin embargo, a diferencia de Nieto Arteta, Bergquist hace énfasis sobre la parte negativa del cultivo del café. Debido a los movimientos cíclicos del mercado del café, anota Bergquist, éste también puede ser una fuente de inestabilidad política. Bergquist atribuye a estas ñuctuaciones las guerras civiles de 1885 y la devastadora Guerra de los Mil Días (1899-1902). Como aclara Bergquist, el café y la anarquía sólo llegaron a ser incompatibles después de 1903.

Como ha señalado Marco Palacios, el libro de Bergquist es el primero que ofrece una discusión sistemática de "la relación entre lucha de partido, facción y los intereses sociales y económicos de los diversos grupos oligárquicos" durante la Regeneración (Palacios, 1980, 289, n. 1). Este libro es excelente como trabajo de integración analítica, alcance interpretativo y composición histórica. Como síntesis analítica reúne la concepción de Liévano de los intereses económicos en juego y la imagen de Nieto Arteta de las experiencias contrastantes y de las visiones del mundo de los partidos enfrentados uno con otro, en la época de la Regeneración. A estos añade Bergquist elementos de la perspectiva de dependencia, haciendo particular énfasis en la influencia de los ciclos económicos en los mercados de exportación sobre el comportamiento político interno. Esta influencia la interpreta en forma interesante e innovadora a la luz del concepto de hegemonía de Gramsci. Además, su análisis de la política colombiana está claramente modelado por

percepciones derivadas de la reciente Violencia colombiana. (La Violencia parece haber influido en el fascinante y persuasivo relato de Bergquist de la interacción de la política a nivel nacional y su desenvolvimiento en la provincias en tiempos de la Guerra de los Mil días). La siguiente discusión no puede tocar, aunque sea ligeramente, todos los admirables elementos del libro; se centrará sólo en su análisis socioeconómico de los alineamientos políticos y del conflicto político.

Como Nieto Arteta, Bergquist cree que el desarrollo de la agricultura de exportación en Colombia tuvo efectos fundamentales en el acondicionamiento de la cultura económica y política del país. En la misma forma que lo hicieron Nieto Arteta y aquéllos que los han seguido, Bergquist cree que en los dos perennes partidos del país se reflejan intereses económicos y culturas económicas contrastantes, en donde los liberales representan a la agricultura de exportación y al comercio exterior y los conservadores a la agricultura de exportación y al comercio exterior y los conservadores a la agricultura doméstica. Estas diferencias en las actividades económicas estuvieron acompañadas por patrones de vida, visiones del mundo e ideologías contrastantes. Bergquist describe estas características diferentes con admirable claridad y coherencia. Puesto que los liberales estaban:

"Ligados por sus intereses ideológicos y económicos a las naciones en proceso de industrialización del Atlántico Norte, los liberales colombianos encontraron su inspiración en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; a esos países viajaban, allá compraban libros de filosofía política y económica, allá estudiaban y observaban sobre el terreno el éxito de la organización económica y política liberal. Los liberales colombianos, al igual que sus contrapartes en otros países occidentales, concebían la sociedad como una suma de individuos, racional y jurídicamente iguales. Creían que con dejar a los individuos seguir libremente sus inclinaciones intelectuales y materiales se contribuiría al progreso de la civilización y al bienestar general de la sociedad (Bergquist, 1978, 13; 1981, 14-15).

Los conservadores por otra parte, debido a que estaban típicamente empeñados en la agricultura doméstica más que en las actividades exportadora, tendían a estar aislados de las influencias británica, francesa y norteamericana.

"Los conservadores (en control del gobierno a partir de 1886)... basaban sus programas económicos, sociales y políticos en una concepción del hombre y de la sociedad contrapuesta en lo fundamental a la visión liberal del mundo. Careciendo de fuertes nexos con la comunidad liberal de Occidente, *estos* conservadores (el subrayado es mío) se nutrieron intelectualmente del pensamiento católico y español. Los conservadores nacionales consideraban la sociedad como una jerarquía de hombres con diferentes habilidades y funciones. Se necesitaban instituciones fuertes tales como la familia, la Iglesia y el Estado a fin de controlar al hombre. La política económica, bajo la dirección del Estado, debía promover el bienestar general y no el interés egoísta de los individuos..." (Bergquist, 1981, 18).

Bergquist ilustra su relato de las visiones del mundo y patrones sociales divergentes de los liberales y de los conservadores disidentes, por una parte, y de los conservadores nacionalistas, por otra, con esbozos biográficos de individuos representativos de cada uno de estos grupos. El liberal típico es Miguel Samper, activo a lo largo de toda su vida en el comercio exterior, abogado defensor de los intereses de éste y el más consistente exponente colombiano de las ideas liberales manchesterianas. El conservador nacionalista típico es Miguel Antonio Caro, filólogo y crítico literario, cuya impermeabilidad a las influencias externas es simbolizada por el hecho de que "nunca salió de la Sabana de Bogotá" (1978, 43). Estos hombres representativos están rodeados por pequeñas cortes de partidarios liberales y conservadores igualmente "representativos"; los liberales son identificados, cuando es posible, como asociados al comercio exterior; los conservadores, cuando es posible, son identificados con las familias terratenientes tradicionales de la Sabana de Bogotá.

Bergquist complementa su descripción de los rasgos contrastantes de los liberales y los conservadores con un argumento de que el relativo poder y la influencia de los dos partidos dependía de las condiciones económicas. Cuando aumentaron las exportaciones, las ideas liberales íntegramente conectadas con la economía exterior aumentaron su influencia en la sociedad, y el partido liberal, personificación de las orientaciones comerciales y de las ideas económicas y políticas liberales, aumentó su poder. "Mientras la economía de exportación floreció, la ideología liberal tuvo éxito en convencer, neutralizar o forzar a la defensiva a muchos (por ejemplo, terratenientes conservadores) cuyos intereses no se beneficiaban directamente (y podían ser lesionados) por las políticas liberales" (1978, 10n). Por otra parte, cuando el comercio de exportación declinó, las ideas liberales perdieron su influencia y las conservadoras emergieron a primer plano. La aplicación de Bergquist del concepto de hegemonía ideológica, por tanto, puede ser resumido así: surgen las exportaciones, emergen los liberales; decaen las exportaciones, prosperan los conservadores.

En el esquema de Bergquist, debido al relativo éxito de la agricultura de exportación entre 1845 y 1875, los liberales dominaron la sociedad colombiana tanto ideológica como políticamente. Los conservadores que por sus intereses económicos y su cultura no armonizaban con las formas liberales se adaptaron, no obstante, a esta hegemonía liberal.

"El éxito de la agricultura de exportación *condujo* (el subrayado es mío) al surgimiento y al dominio del partido liberal en Colombia después de 1850. La hegemonía del pensamiento y de la política liberales caracterizó la historia de la nación durante el siguiente cuarto de siglo. Después de 1875, sin embargo, la agricultura de exportación entró en un período de rápida decadencia y a comienzos de la década de 1880 este sector entró en crisis.

En 1885 los liberales perdieron el control de la política en favor de los conservadores; la perspectiva liberal fue rechazada y se hizo dominante en Colombia una filosofía económica y política de corte conservador, acorde con el regreso del país a una economía agraria relativamente cerrada" (Bergquist, 1978, 7-8; 1981, 8).

Hubo dos rasgos prominentes de esta "filosofía económica y política conservadora". Económicamente su punto central fue el control gubernamental de la emisión de papel moneda, mediante la circulación de billetes no convertibles por parte del Banco Nacional y la prohibición de emitir billetes para los bancos privados. Como señala Bergquist, la circulación del depreciado papel moneda emitido por el gobierno afectó adversamente los intereses de los comerciantes importadores, que tenían que pagar sus mercancías con monedas fuertes y, sin embargo, aceptar el pago de éstas con moneda débil. Políticamente, el período posterior a 1885 se destacó por una actitud cada vez más autoritaria, que se reflejó en los poderes extraordinarios que se concedieron al presidente en la constitución de 1886 y en dos leyes de 1888 que restringían la libertad de prensa y permitían la represión de actividades "subversivas".

Entre 1886 y 1895, la oposición, primero de los liberales y luego de los conservadores disidentes, se hizo más fuerte, tanto en el campo político como en el campo económico; según opinión de Bergquist, debido a que la revivificación de la agricultura de exportación en esos años "traía con ella un resurgimiento del pensamiento económico y político liberal y el fortalecimiento del poder de los grupos exportadores e importadores" (Bergquist, 1978, 42; 1981, 49). En 1890-91, un grupo de conservadores disidentes, principalmente de Antioquia, rompió con los conservadores que controlaban el gobierno nacional. Bergquist señala que la mayoría de los relatos del período atribuyen este rompimiento a la hostilidad de los disidentes hacia el comportamiento autoritario, inflexible y obstinado de Miguel Antonio Caro, que como vicepresidente ejerció el poder ejecutivo desde 1892 hasta 1896. Aunque no niega la validez de esta interpretación, Bergquist cree que "este distanciamiento reflejaba también intereses ideológicos y económicos subyacentes" (1978, 42). De hecho, aquéllos que se oponían al gobierno, tanto liberales como conservadores disidentes, eran individuos involucrados o vinculados a la agricultura de exportación y al comercio exterior; y aquéllos que lo apoyaban "representaban intereses de la democracia, de la Iglesia y, aparentemente, ...de la agricultura tradicional. Todos estos intereses se beneficiaban de las políticas económicas estatistas y de las medidas centralistas y pro-católicas de los gobiernos de la Regeneración" (Bergquist, 1978, 51; 1981, 59).

El relato de Bergquist del conflicto de dos culturas económicas divergentes se completa con una relación de la Guerra de los Mil días,

en el cual, una vez más, los ciclos de la economía cafetera desempeñan un papel prominente. Bergquist lo resume así:

"el deterioro de la legitimidad del gobierno, que en gran medida comenzó debido al auge de la economía exportadora de café, se vio acelerada por la bancarota de los precios cafeteros después de 1898. La crisis del café combinada con la crisis política que nunca se resolvió durante todo el período de la Regeneración, paralizaron la efectividad del gobierno al tiempo que aumentaba el descontento en todo el país, especialmente en las zonas cafeteras" (Bergquist, 1978, 131; 1981, 150).

Gran parte de la narración de Bergquist es persuasiva. Y esto se debe particularmente a la habilidad con la que esboza las múltiples interrelaciones entre los aspectos políticos y económicos del período. Su interpretación ya ha hecho impacto sobre otros estudios recientes (7). Pero, a pesar de la admirable habilidad de su presentación, tengo algunas objeciones acerca de la exactitud de su descripción sociopolítica, acerca de la validez de su particular aplicación del concepto de hegemonía ideológica y acerca de algunos aspectos del apoyo factual que se proporciona en el análisis.

El tratamiento de Bergquist de los rasgos ideológicos, económicos y sociales que diferencian a liberales y conservadores en el siglo XIX, me parece demasiado esquemático. Muchas de las características que el describe como típicas de los liberales o de los conservadores de Antioquia, son aplicables también a muchos conservadores de varias partes del país.

Respecto a estas descripciones sociopolíticas, hay que anotar que al comparar a liberales y conservadores, la descripción de Bergquist de los patrones comunes de grupo, visiones del mundo e ideologías liberales puede aplicarse a todo el siglo XIX (1978, 8-14); mientras que su descripción más explícita acerca de los patrones comunes de grupo, las visiones del mundo y las ideologías conservadoras, se refiere únicamente a aquellos conservadores que llegaron a ser conocidos como conservadores nacionalistas y que participaron en el régimen de la Regeneración desde 1886 hasta el fin de la Guerra de los Mil Días (1978, 17) (Ver citas arriba).

7. Park, cuyo trabajo hace énfasis en el regionalismo colombiano y otros elementos que no pueden encontrarse en la interpretación de Bergquist, adopta sin embargo la opinión de Bergquist de que el auge de las exportaciones condujo a una hegemonía liberal, y la declinación de las mismas a una disminución de la influencia liberal (Park, 1975, 367). En forma similar, el reciente libro de Palacios sugiere muchas salvedades, si no contradicciones, de aspectos de la interpretación de Bergquist. (Palacios, 1980, 1-2, 6-7, 134, 138). No obstante, Palacios concuerda fundamentalmente con la identificación de Bergquist de los comerciantes con el partido liberal (al menos en Cundinamarca), con su asociación de la fuerza política liberal con la economía de exportación, y con su interpretación del conflicto entre intereses cafeteros y el régimen Núñez-Caro. (Palacios, 1980, 12, 28, 32, 127-142).

Sin embargo, a pesar de esta última restricción explícita de su caracterización de los conservadores nacionalistas del período posterior a 1886, es claro, a partir del contexto de su discusión anterior, que Bergquist cree (y pretende que sus lectores lo deduzcan) que estas características son aplicables, en general, para todos los conservadores del siglo XIX. Al grado de que cuando los conservadores del siglo XIX difieren de su descripción, el autor cree, que esto se debe sólo a que la expansión de las exportaciones los sedujo temporalmente haciéndolos caer en brazos del liberalismo.

Mi primer crítica a la descripción sociopolítica de Bergquist se refiere a la especificación cronológica. La investigación de Bergquist trata acerca del período posterior a 1880 y se centra particularmente en la década de los 90. Para este período el autor hace un argumento para una división política entre, al menos, *algunos* tipos de grupos de intereses funcionales, que él escoge definir como comerciantes vs, terratenientes tradicionales. Cualquiera que sea la validez de este argumento para los años de 1880 y 1890, Bergquist, en sus comentarios introductorios, busca proyectar este patrón retrospectivamente en el tiempo, a períodos que él no ha estudiado, extendiéndolo hasta el período colonial. Aunque admite que "todavía falta mucho trabajo por hacer respecto a la sociología del origen de los partidos", afirma, no obstante, que "es claro que los programas y políticas del partido liberal (antes de 1850) reflejaban más exactamente los intereses de los exportadores agrícolas... y de los importadores de mercancías extranjeras...". "Los liberales por razones que tienen que ver indudablemente con su predisposición ideológica y sus intereses sociales y económicos *heredados del período colonial* (el subrayado es mío), parecen haber participado mucho más de lleno en las oportunidades que ofrecía la agricultura de exportación... Estos liberales no sólo producían para la exportación, sino que se volvieron comerciantes exportadores e importadores que prosperaron a la par con el aumento en el comercio internacional impulsado por la economía de exportación" (Bergquist, 1978, 8; 1981, 9).

Estas afirmaciones generales de las predisposiciones ideológicas y de los intereses económicos y sociales de los liberales a principios del siglo XIX, necesitan una especificación mucho más amplia. No es muy claro a que "intereses económicos y sociales heredados del período colonial" se hace referencia, o en qué forma pudieron haber afectado las lealtades políticas. Esta sugerencia acerca de intereses "heredados del período colonial" no es más que un golpe retórico a ciegas.

Para el período comprendido entre 1820 y 1880 tenemos bases de información más sólidas. Pero los datos para estos años no apoyan la suposición de una identificación única de compromisos del partido liberal con orientaciones comerciales e ideológicas al extranjero.

Algunos conservadores, desde los primeros años del siglo XIX (1820 y 1830), figuraron prominentemente en el comercio exterior (8). Y muchos notables conservadores que no eran comerciantes, eran, no obstante, defensores de las ideas económicas liberales, —mucho *antes* del auge de exportaciones de 1845— (9). Estos hechos proyectan dudas sobre una fácil identificación de las ideologías con las funciones económicas. También tienden a contradecir la noción de que los conservadores gravitaron hacia posturas ideológicas liberales sólo después de 1845, en respuesta al crecimiento de la economía de exportación a mediados de siglo. Además, puesto que muchos conservadores eran liberales económicos desde las primeras décadas del siglo XIX, no existió ninguna razón para ellos (o para cualquier otro) para identificar al liberalismo económico con el partido liberal. Por tanto, no hubo ninguna razón, ya fuera por el éxito de las exportaciones o por la influencia de las ideas liberales económicas, para dotar al partido liberal con prestigio especial. En otras palabras, no existió ninguna razón esencial para que el flujo de la marea del comercio exterior pusiera a flote sólo las naves liberales.

El liberalismo inicial de los conservadores se extendió más allá de la política comercial, hacia ideas más amplias acerca de la organización social. En las décadas de los 30 y los 40, uno de los puntos claves del individualismo liberal, la división de las tierras comunales indígenas, fue promovido tanto por liberales como por conservadores. Fue sólo posteriormente, a mediados de las décadas de los 50 y los 60, que algunos miembros perceptivos de *ambos* partidos empezaron a darse cuenta de las desastrosas consecuencias sociales de esta medida.

Sin duda, algunos de los rasgos distintivos que señala Bergquist en las creencias sociales de los conservadores son reales. Casi todos los conservadores creían en la necesidad de solidez de la familia y la Iglesia y, al menos en comparación con los liberales, del Estado. Pero los conservadores eran ideológicamente menos coherentes de lo que la descripción de Bergquist permite creer. Aun cuando defendían la necesidad de una familia, una Iglesia y un Estado fuertes, apoyaban generalmente la libertad del individuo como actor económico. En general, los conservadores eran capaces de ignorar la inconsistencia

8. Además de los comerciantes conservadores enumerados en la nota 6, debe señalarse al archibolivariano Juan de Francisco Martín de Cartagena en los años de 1820, a los Hurtado y Mosquera de Popayán en Panamá (1830-1850), y a los conservadores que Escorcía y Hyland identificaron como importantes comerciantes del Cauca.

9. Mientras que algunos notables conservadores de la década de 1830 eran proteccionistas (p. ej. Alejandro Osorio), otros, igualmente notables, como José María Castillo y Rada, José Manuel Restrepo, Lino de Pombo y Mariano Ospina R., eran en ese tiempo partidarios de la rebaja arancelaria. Además, algunos liberales, como el fundador del partido liberal francisco de Paula Santander, eran proteccionistas moderados en los años de 1830.

entre su lealtad a los valores jerárquicos de la Iglesia y su simultánea adhesión al individualismo económico. Sólo en algunas ocasiones, como en el transcurso de la crisis económica de 1841-42, se vieron forzados a comprometerse en una u otra forma —en ese caso, cambiaron bruscamente de un individualismo económico extremo a una extrema (pero momentánea) reacción en contra de éste— (Safford, 1965, 38-84).

El asunto de las experiencias de vida es igualmente complejo. Mi impresión es que la descripción de Bergquist de las experiencias de vida de los conservadores, y probablemente también de las ideologías conservadoras, puede ser substancialmente correcta para la mayoría del común de los conservadores de la clase alta de Bogotá. Por otra parte, parece ser errónea para los nobles conservadores. Este juicio se basa, en parte, en la información obtenida de las mortuorias de Bogotá —inventarios de las propiedades de individuos que murieron sin haber hecho testamento—. Algunas diferencias llamativas en los patrones de vida y en el bagaje ideológico entre conservadores notables y conservadores desconocidos son sugeridas por los contrastes de las listas de los libros que poseían (10). Las bibliotecas de los conservadores relativamente poco importantes propendían a estar conformadas por obras piadosas y literatura española, y contenían muy pocas obras de los más importantes intelectuales seculares de la Ilustración y del siglo XIX. Estas despensas intelectuales tenderían a apoyar la visión de los conservadores, al menos los de Bogotá, como tradicionalistas que nunca se aventuraron fuera de la sabana de Bogotá y que estaban, más o menos, apartados intelectualmente de las más modernas corrientes del mundo occidental. Esta imagen, sin embargo, no se puede aplicar muy bien a aquéllos que eran notables conservadores. En las décadas de los 30 y los 40, estos individuos, al igual que sus contrapartes liberales, conocían perfectamente las últimas obras de los más importantes intelectuales franceses e ingleses, tanto liberales como conservadores. Sus bibliotecas incluían por lo general múltiples volúmenes de Bentham, al igual que el tratado de economía liberal de Jean Baptiste Say e incluso, los escritos moralistas del muy secular e individualista Benjamín Franklin (11),

10. Un estudio altamente sofisticado de los principales pensadores sociales colombianos del siglo XIX, incluyendo a algunos notables conservadores como José Eusebio Caro, Sergio Arboleda y Miguel Antonio Caro, puede ser encontrado en la obra *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* de Jaime Jaramülo Uribe (Bogotá, Editorial Temis, 1964). Lo que no puede saberse es hasta qué punto las visiones de estos excepcionales individuos son representativas de la masa de los conservadores. Por esta razón el contenido de las bibliotecas de hombres que eran menos articulados filosóficamente pueden ser útiles para proporcionarnos alguna indicación de su carácter intelectual. Por supuesto, los contenidos de estas bibliotecas no pueden comunicarnos lo que realmente pensaban estos hombres. Pero, al menos, nos dicen que consideraban que podía ser digno de leerse.

11. Jaramülo Uribe, 1964, 22-40, 59-69, apunta hacia una identificación con modelos burgueses anglosajones como una importante corriente entre la clase alta colombiana en el siglo XIX. Se ha elaborado sobre este tema en Safford, 1972b y 1976. Los registros de mortuorias citados son: 1.

José Vicente Martínez y Juan Clímaco Ordoñez, ambos de la clase de notables conservadores que hemos mencionado, eran prominentes comerciantes y figuras políticas de las décadas de los 30 y los 40. Pero los vínculos con el mundo intelectual del Atlántico no estaban reservados sólo para los comerciantes conservadores. Muchos conservadores de clase alta, que no estaban dedicados al comercio, se comportaban, no obstante, en formas que corresponden a la descripción de Bergquist de un liberal típico —o sea, viajaban, compraban libros de filosofía política y económica, "observaban sobre el terreno el éxito de la organización política y económica liberal", y en general "encontraron su inspiración en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos" (Citas de Bergquist, 1978, 13). En los primeros años del siglo, en 1817, José Manuel Restrepo, uno de los más empecinados conservadores del siglo XIX, viajó a Estados Unidos a estudiar organización fabril y prácticas comerciales (Restrepo, 1957, 101-155). En los años de 1830 algunos terratenientes conservadores como los Mosquera y los Arboleda de Popayán, al igual que Rufino Cuervo, Pedro Alcántara Herrán e Ignacio Gutiérrez Vergara de Bogotá, deambulaban por Europa, entablando discusiones con importantes intelectuales europeos, y buscando aprender acerca de instituciones sociales y económicas que ellos pudieran emular (véase Cuervo, 1918-1922, y Safford, 1976, 15, 16 y Apéndice I, 244-251). Y José Eusebio Caro, el padre del hermético prototipo de conservador de Bergquist, Miguel Antonio Caro, pasó los últimos años de su vida (los primeros de la década del 50) aprendiendo inglés y trabajando como dependiente de una casa comercial en Nueva York con el fin de aprender las prácticas comerciales norteamericanas (Safford, 1972b, 237). Finalmente, y respecto al hecho de inspirarse en Europa y los Estados Unidos, es bueno anotar que el presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez, en un momento de desesperación (1857) buscó *anexar* Colombia a los Estados Unidos. Los propósitos internos de este paso eran esencialmente conservadores —para asegurar el orden político y de esa forma proteger la propiedad privada en Colombia—. Pero esta voluntad de entregar la sociedad colombiana en manos de una nación protestante, conocida aun entonces por sus cambios dinámicos, difícilmente sugiere un profundo apego a la preservación de los valores hispánicos (o romano-católicos) tradicionales.

Resumiendo, la información disponible acerca de los líderes conservadores activos en las décadas de los años 30 y 40 indica que antes de 1845: 1) algunos tomaron parte en el comercio exterior; 2) muchos eran liberales en cuestiones de política económica y social; 3) la

Conservadores oscuros o poco conocidos (Andrés Auza) Notaría 1a., Bogotá, 1858, tomo 352, fols. 321-322; 2. Conservadores notables (José Vicente Martínez) Notaría 3a., Bogotá, 1848, tomo 435, fols. 532-539 y (Juan Clímaco Ordoñez) Notaría 2a., Bogotá, 1852, tomo 269, fols. 26-29.

mayoría, incluyendo a aquellos que no eran comerciantes, tenían un extenso contacto y estaban profundamente influenciados por las principales corrientes intelectuales del mundo del Atlántico. Todo esto despierta dudas acerca de la idea de que los conservadores dominantes eran tradicionalistas de tiempo completo que simplemente "condescendieron" con las ideas económicas liberales bajo la influencia de la expansión exportadora posterior a 1845.

El error fundamental en este punto —un error general y no sólo de Bergquist— está en asumir que existe necesariamente una simetría en los patrones de actividad económica, en las creencias políticas y económicas, y en el compromiso político partidista. Por más que parezca lógico que los liberales en lo económico sean también liberales en lo político —aplicando los mismos principios de libre comercio tanto a las ideas como a las conveniencias materiales— los contemporáneos no eran siempre tan coherentes como desearían los estudiosos del siglo XX. Puede ser intelectualmente conveniente, pero no necesariamente correcto, asumir que existía un estrecho vínculo, ya fuera entre el liberalismo político y el liberalismo económico, o entre el conservatismo político y la resistencia al liberalismo económico, o entre cualquiera de estos binarios y un partido en especial (12). Existen, ciertamente, muchos casos de este tipo de vínculo. Pero existen también muchos ejemplos de individuos que no eran tan consecuentes ideológicamente. Los contemporáneos no vieron o no aceptaron, necesariamente, la conexión entre una postura económica y una afiliación política, que se les ha atribuido retrospectivamente. Los conservadores tampoco estaban dispuestos a conceder al partido liberal el derecho exclusivo a las doctrinas económicas manchesterianas o al constitucionalismo liberal. Por tanto, hay razones para dudar que el apoyo general a la economía política manchesteriana redundara necesariamente en un crédito para el partido liberal.

Existen otras razones para cuestionar la afirmación de Bergquist de que "el éxito de la agricultura de exportación *condujo* (el subrayado es mío) al ascenso y al dominio del partido liberal fue asociado cronológicamente con el crecimiento relativo del comercio exterior después de 1845, es difícil establecer una relación causal para determinar cuál de los dos condujo al otro. Sin duda, los liberales no pudieron reclamar para sí el crédito exclusivo de haber iniciado el incremento del comercio exterior, puesto que las principales iniciativas de esta política ocurrieron bajo la administración conservadora de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-49).

12. Debemos anotar, sin embargo, la discusión de Charles Hale acerca de las tendencias hacia el liberalismo en asuntos económicos entre los conservadores mexicanos. (Hale, 1968, 8, 263-267, 275).

Finalmente, el argumento de que la expansión de la exportación legitimó al gobierno liberal, enfrenta otro problema. Los liberales llegaron al poder en 1849, no con una mayoría pero sí con una pluralidad, y esto debido a que los conservadores se habían dividido en facciones (por problemas distintos a los económicos) y fueron intimidados por los liberales con amenazas de violencia. En una segunda e importante ocasión (1861), los liberales se tomaron el poder por la fuerza, y en el transcurso de las décadas de los 60 y los 70 fue necesario que utilizaran la fuerza, el fraude y la acción ejecutiva arbitraria para poder mantener el control de la mayoría de los gobiernos estatales y, por tanto, del gobierno nacional. La única elección popular nacional, verdaderamente libre, que se llevó a cabo en la época de la expansión de las exportaciones, la de 1856, fue ganada por los conservadores (Bushnell, 1971, 237-249). Todos estos hechos despiertan interrogantes acerca de la idea de que la expansión de las exportaciones otorgó una especial autoridad al partido liberal.

Aunque puede cuestionarse la idea de una identificación inherente entre el libre comercio, la economía exterior y el partido liberal (excluyendo a los conservadores), esto no niega el hecho de que la declinación de las exportaciones colombianas después de 1875 minó finalmente la fe en el liberalismo económico y, bien podría ser, la importancia de los políticos más comprometidos con el liberalismo económico. La caída de las exportaciones en la década de los 70, según Palacios "hizo inevitable el fin de un sistema económico y político basado, de manera optimista, en el axioma del libre comercio" (Palacios, 1980, 12; véase también Park, 1975, 367). Pero el sistema económico y político minado, aunque era encabezado a nivel nacional por los liberales, era un sistema bipartidista. Todavía en 1879 la plataforma del partido conservador seguía estando firmemente comprometida con el liberalismo económico (*Los programas del conservatismo*, 1967, 102-104). Y en 1881 los conservadores, al tiempo que alababan el centralismo político de Núñez y su proclericalismo, objetaban su proteccionismo, sus gastos deficitarios y sus grandes erogaciones para obras públicas (Park, 1975, 304). Fue precisamente debido a que muchos miembros de la élite política, tanto conservadores como liberales, estaban tan comprometidos con el liberalismo económico, que Núñez, al buscar aliados, tuvo que recurrir a dogmáticos anti-liberales como Caro y sus similares, que probablemente representaban una minoría dentro del partido conservador (Palacios, 1980, 136; Park, 1975, 264).

Si se tiene dificultad para aceptar una identificación exclusiva del partido liberal con la expansión de la actividad exportadora de 1845-1875, existe otro tipo de problema con la descripción de Bergquist del período posterior a 1880. Atribuye el conservatismo y el autoritarismo crecientes las décadas de los 80 y 90, al hecho de que

Colombia después de 1880 "volvió a una economía agraria relativamente cerrada". Esto parece ser una descripción algo hiperbólica de los cambios ocurridos entre 1875 y 1880. Es cierto que desde alrededor de 1884 hasta 1908 Colombia tuvo mucho menos éxito como exportador del que había tenido desde 1860 hasta 1880, especialmente en términos de exportación *per capita*. Según los cálculos de McGreevey, las exportaciones *per capita* entre 1885 y 1900 representaron en valor la mitad de lo que se obtuvo en los años de la década de 1870 (McGreevey, 1971, 104). Sin embargo, es necesario hacer dos comentarios, aparentemente contradictorios, respecto a este cambio.

Primero, Colombia en ningún momento durante todo el siglo XIX, ni siquiera durante el apogeo de la década de los 70, fue un exportador particularmente afortunado. Aún en el período álgido de los 70, las exportaciones *per capita* de Colombia equivalían a menos de un tercio de las de Argentina, Chile o Perú. Esto significa que incluso las oscilaciones substanciales de porcentaje en los niveles de exportación no pudieron haber significado mayor cosa respecto al total de la actividad económica (Palacios, 1980, 1,6). Esto parece sugerir que en el transcurso del siglo, y no sólo durante 1885 y 1900, todo el país, tanto en los momentos de auge como en los de máxima decadencia exportadora, puede ser considerado constantemente como "una economía agraria relativamente cerrada". Esto puede ser cierto, si se observa la economía en conjunto, tanto antes como después de 1880. Cuando hablamos de la economía de exportación de la Colombia del siglo XIX, nos referimos a unos pocos y excepcionales momentos. Y, al querer juzgar si la economía sufrió un cierre relativo, debemos observar, en particular, qué sucedió con aquellas áreas que formaban parte de la economía de exportación.

Si tomamos en consideración sólo estas áreas, no parece que Colombia se haya convertido en una economía más cerrada de lo que habría sido en los años de 1870. Los buques de vapor seguían haciendo viajes regulares por el río Magdalena; las comunicaciones terrestres con el río, uniendo al interior con el mundo exterior, continuaron mejorando; las importaciones siguieron fluyendo, en un volumen poco disminuido por la declinante capacidad del país para pagarlas. A lo largo de las líneas vitales de comercio —que se extendían desde la costa Caribe, por el río Magdalena, hacia Bogotá y Medellín, las principales plazas del país, o hacia Bucaramanga y otras plazas secundarias— se detectan muy pocas señales de "cierre". En lo que toca a las zonas productoras de bienes para la exportación, la pérdida de actividad en las tierras bajas del valle del Alto Magdalena, en donde las especulaciones con tabaco, añil y algodón habían sufrido un colapso, fue compensada por el cultivo del café en otras regiones. Durante la época de la Regeneración las exportaciones de café aumentaron rápidamente, triplicando posiblemente su volumen desde mediados de 1880 hasta

mediados de 1890. Además, mientras que el oro y el tabaco, los más importantes productos de exportación de la época antes de 1880, se producían en pocas zonas geográficamente restringidas, el café en los años de los 80 y los 90 ya estaba extendido ampliamente, vivificando grandes áreas de Santander, aumentando la energía de Antioquia y llegando hasta el Valle del Cauca. Fue en estos años cuando el Cauca, anteriormente aislado de los mercados del mundo y aún de la nación, empezó a salir de su encierro topográfico. El café no sólo se expandió más ampliamente que sus predecesores comerciales, sino que exigió mucho más en el campo de servicios complementarios de transporte, en especial de arrieron pero también de ferrovías. De esta manera, el inicio de la era cafetera de Colombia fue también el comienzo de una época de construcción real de ferrovías. La producción de exportaciones de café puede ser considerada por tanto, como un hecho que afectó más vidas que las actividades exportadoras características del período de 1850-1870. Finalmente, la época de la Regeneración fue un período de rápido crecimiento urbano —de migraciones de las zonas agrícolas, construcción urbana acelerada, etc.—. En este sentido, si bien el valor dolar de las exportaciones colombianas disminuyó, es difícil afirmar que Colombia volvió a una economía agraria más cerrada.

Si difícilmente se puede describir la economía como "cerrada", las actitudes económicas eran, también difícilmente, las de un cierre —aún durante el gobierno de Núñez—. Núñez personalmente insistió en que la solución de los problemas económicos de Colombia debía provenir de la expansión de las exportaciones —opinión que difícilmente puede provenir de un hombre que se vuelve internamente hacia la autarquía— (Liévano Aguirre, 196?, 391; Palacios, 1980, 126).

Como quiera que se describa la economía de los años de la Regeneración, es muy probable, argumenta Bergquist, que la crisis de la economía de exportación en los años de 1880 y el relativo estancamiento de los años siguientes, contribuyeran al estilo autoritario de gobierno de los años de 1886-1900. La zozobra económica localizada de los años 80, estimuló los desórdenes políticos que, a su vez, invitaban al gobierno central a adoptar una actitud represiva. Además, el estancamiento de los ingresos provenientes de las exportaciones creó problemas fiscales para el gobierno, que recurrió entonces a medidas financieras extraordinarias (especialmente la emisión de papel moneda no redimible) que exacerbaron la oposición de la élite al régimen, induciendo de esta manera una mayor represión. Sin embargo, la relación entre las dificultades fiscales y la represión política puede ser considerada desde la dirección opuesta. Carlos Martínez Silva, un persistente oponente del régimen de Caro, argumentó que con una política menos represiva el gobierno podía aliviar sus dificultades fiscales; las políticas represivas y exclusivistas de Caro podían mantenerse sólo mediante el sostenimiento de un ejército nacional más

numeroso, la principal fuente del incremento de los gastos del gobierno; siguiendo una política más conciliatoria con los oponentes, podía reducirse el ejército y disminuir la necesidad de medidas fiscales extraordinarias (Martínez Silva, II, 397, 461; III, 247). Obviamente Martínez Silva ofreció este comentario como un argumento de debate. Sin embargo, la idea implícita de que el estilo de gobierno nacionalista tenía un impulso propio, superior a los requisitos de los problemas económicos nacionales y que, además, creaba algunas de sus propias dificultades fiscales, puede merecer alguna consideración.

Mi discusión acerca del tratamiento que Bergquist da a los liberales y a los conservadores del período anterior a 1880, sostiene que ha exagerado las diferencias entre ellos en términos de patrones de grupos sociales, intereses económicos, visiones del mundo e ideologías. Una exageración similar ocurre en su tratamiento de las variables sociales en la política de la Regeneración. En su descripción de los conservadores y los liberales del período posterior a 1880, como tipos sociales bastante disímiles, Bergquist a veces parece forzar la evidencia de sus características socioeconómicas, tratando de hacer énfasis, respectivamente, sobre los aspectos comerciales de los patrones liberales y la identificación de los conservadores con la tenencia tradicional de la tierra. Bergquist, describe al político liberal Santiago Pérez, al igual que a otros notables liberales, como individuos que "se dedicaron al comercio de importación-exportación" (Bergquist, 1978, 39-40; 1981, 45n), queriendo decir que esta experiencia desempeñó un importante papel en la formación de sus valores y sus ideologías. En realidad, Santiago Pérez fue primordialmente un educador y periodista. Su primero y único compromiso con el comercio internacional fue bajo la forma de un papel periférico en la firma comisionista de su hijo en Nueva York (Ortíz, 1971, 19, 28). Este hecho ocurrió en 1885 cuando Pérez tenía 55 años, después de haberse desempeñado como presidente nacional y cuando la época de la Regeneración lo había forzado a interrumpir su influencia en el gobierno. De esta forma, su breve, tardía y débil incursión en el mundo del comercio, difícilmente puede ser considerada como una parte importante de su carrera o como una experiencia ideológicamente formativa. Por supuesto, puede afirmarse que el papel marginal de Pérez en una empresa comercial, en sus años otoñales, demuestra por lo menos que consideraba este tipo de empleo como algo digno y valedero. Pero entonces, podría decirse igual cosa de los generales conservadores y antiguos presidentes, Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera, quienes en su autoexilio en Nueva York en los años de 1850, establecieron una firma comisionista del mismo tipo de la del hijo de Pérez, con resultados igualmente desafortunados. (Estas dos empresas "comerciales" fueron destruidas por estar involucradas en el suministro de armas para las guerras políticas de Colombia). El hecho es que, en el ambiente de gran interés por el comercio exterior que se desarrolló después de 1845, la

participación en un negocio comisionista en Nueva York era un tipo de actividad obvio para los políticos de cualquier partido al dejar el cargo o al estar en el exilio.

Hay otras partes en las que Bergquist puede estar forzando algo los datos al llevar a cabo identificaciones socioeconómicas de individuos políticamente activos. En diversas ocasiones hace análisis cuantitativos limitados de la composición social (ocupacional) de los grupos políticos, usando el directorio comercial de Bogotá como fuente principal de información para determinar las ocupaciones de los diversos individuos allí registrados. Sin embargo hay ocasiones en que a Bergquist no le agrada lo que informa el directorio comercial. Por ejemplo, Jorge Holguín, un conservador de Bogotá, figura en el directorio como "agente comisionista". Pero esta identificación de un conservador con una actividad comercial, no concuerda con la idea preconcebida de Bergquist de los conservadores como terratenientes y los liberales como comerciantes. Rehusa, por tanto, aceptar las opiniones de los contemporáneos (o aun la posible auto-designación de Holguín) e insiste en que Holguín debe ser clasificado como "un gran terrateniente". (De hecho, si uno desea empeñarse en este tipo de corrección de los datos, Holguín podría ser fácilmente reclasificado como "banquero comercial", puesto que estaba entre los doce conocidos conservadores que tomaron parte en la fundación del Banco de Bogotá en 1870 y fue también miembro fundador del Banco de Colombia en 1875 (13). Sin embargo, para los propósitos de Bergquist, esta particular corrección de los datos hubiera sido aún peor que la descripción ofrecida por el directorio de Bogotá). En otra ocasión, se perturba al encontrar que el directorio identifica al liberal Francisco Groot como "terratendiente", ya que Groot era también caficultor, comerciante, dueño de fábrica y editor de un diario comercial —actividades, todas ellas, que concuerdan más estrechamente con su concepción de un liberal—. Como lo indican estos ejemplos, a pesar de la preferencia de Bergquist por ver una clara diferenciación entre liberales y conservadores por las líneas de ocupación y de intereses económicos, las líneas divisorias entre ellos son, en realidad, muy poco claras. Y una de las razones para que esto suceda es debido a que muchos individuos de la clase dominante tenían múltiples y complejos intereses económicos, que los comprometían tanto con la economía doméstica como con la economía de exportación.

13. Para los nombres de los accionistas fundadores del Banco de Bogotá, véase *Banco de Bogotá: trayectoria de una empresa de servicio, 1870-1960*. (Bogotá, Banco de Bogotá, 1960), 23-24. Para algunas identificaciones conservadoras, véase José María Cordobés Moure, *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá* (Madrid, Aguilar, 1957), 1054, 1116. Los participantes conservadores en la banca comercial no eran privativos de Bogotá. Hyland encontró conservadores prominentes entre los fundadores del Banco del Cauca de Cali. (Hyland, 1979, 310-311).

Aun cuando se puede cuestionar los estereotipos que Bergquist ha aplicado a sus actores políticos, es probablemente cierto, no obstante, que durante la Regeneración pueden encontrarse algunas tendencias sociales discrepantes entre los grupos políticos contendientes. Yo creo, sin embargo, que Bergquist puede haber especificado un poco mal su carácter, al recalcar la identificación de los conservadores nacionalistas con la tenencia tradicional de las tierras. En un lugar, describe a los nacionalistas como individuos "que representaban intereses de la burocracia, de la Iglesia y aparentemente (aunque la evidencia es en gran medida circunstancial) de la agricultura tradicional. Todas estas medidas se beneficiaban de las políticas económicas estáticas y de las medidas centralistas y pro-católicas de los gobiernos de la Regeneración" (Bergquist, 1978, 51; 1981, 59). Bergquist está en lo cierto, creo yo, en su referencia a los intereses "burocráticos" y "eclesiásticos". Sin embargo, en otras partes del libro estos intereses se eclipsan puesto que Bergquist hace énfasis repetidamente sobre la identificación entre conservadores nacionalistas y la agricultura tradicional (doméstica).

Este énfasis sobre la agricultura tradicional me parece exagerado —aún en el caso de Miguel Antonio Caro, el conservador nacionalista prototipo de Bergquist. Caro no provenía de una rica familia terrateniente. Su padre José Eusebio Caro, fue siempre un empleado gubernamental que, a pesar de ser ampliamente respetado por la sociedad de la clase dominante, tuvo que soportar una precaria situación económica. El estado financiero de la familia empeoró con el advenimiento del régimen liberal de 1849, durante el cual José Eusebio Caro perdió su posición en el gobierno, se aventuró a un penoso exilio en la ciudad de Nueva York, y falleció en el transcurso de su regreso a Bogotá en 1853. Miguel Antonio Caro, huérfano a los diez años, logró abrirse camino no debido a la fortuna familiar, sino debido a su superioridad intelectual. Si Miguel Antonio Caro es el conservador nacionalista prototipo (cosa que bien pudiera no ser el caso), yo deduzco un significado diferente de su carrera. En cambio de ver a Caro como un representante típico de la agricultura tradicional, o de un grupo "satisfecho con su posición en la vida" (Bergquist, 1978,16; 1981, 18), se lo puede considerar mejor como el portavoz de lo que puede llamarse la "clase dominante dependiente" —o sea, la gente "pobre pero honrada" cuya ubicación social era la del sector alto, pero que como la clase media dependiente, podía estar declinando económicamente en comparación con los sectores más ricos de la sociedad y que dependían del patronazgo, bajo la forma de empleos gubernamentales o universitarios. Desde esta perspectiva, se puede considerar a Núñez y a Caro como a los capitanes de los individuos ambiciosos pero dependientes en varios niveles de la jerarquía social, llegando en línea descendiente a los jóvenes que encontraron en una fuerza policial ampliada (y seguramente en un ejército más grande) un canal de movilidad (Palacios, 1980, 29). Esta dependencia del gobierno para

conseguir un empleo, honorable o no, fue el común denominador que agrupó a los aristócratas intelectuales como Núñez y Caro con el detestado logrero representado por el jefe de la policía Aristides Fernández (sobre Fernández, véase Bergquist, 1978, 176-178).

La idea de que los conservadores nacionalistas pueden ser identificados más fácilmente con sectores altos y medios financieramente estáticos, empleomaníacos y dependientes, es recalcada por varias clases de datos. Luis María Mora, un conservador nacionalista de Bogotá, parece haber pensado en este tipo de individuo (y en sí mismo) al escribir sobre el Colegio del Rosario, institución en la que se educaron muchos nacionalistas: "Había sido éste un verdadero hogar de todos los muchachos pobres de Colombia. La clase media tuvo allí su cuartel general, y a su generoso amparo se educaron centenares de hombres útiles y buenos". Desafortunadamente, se lamentaba Mora, el Rosario fue convertido posteriormente en una "institución comercial, que es la mayor decadencia a que puede llegar la casa de los proceres, y de ella quedaron excluidos, no sólo los jóvenes sin sobra de recursos y con bellas aptitudes, sino los mismos descendientes de los proceres cuya hacienda se había reducido a nada" (Mora, 1972, 131). Uno puede imaginar fácilmente que este tipo de miembros dependientes del sector dominante pudieron experimentar un antagonismo hacia los comerciantes-capitalistas mucho más ricos, que Bergquist identifica como liberales y conservadores disidentes. Los plutócratas comerciales del país debían parecer una amenaza más a los miembros financieramente inestables y dependientes de la clase dominante que a los grandes terratenientes.

Los datos de Bergquist parecen ofrecer apoyo para esta perspectiva acerca de los conservadores nacionalistas. En su análisis cuantitativo de las actividades económicas de los electores de Bogotá, en la elección de 1897, los terratenientes aparecen representados en forma similar en los tres partidos (liberales, conservadores históricos y conservadores nacionalistas) —con un promedio de 6 a 8 electores y suplentes, de un total de 190, en cada partido—. En cambio, 33 empleados gubernamentales dominaban abrumadoramente la lista nacional conservadora —los empleados gubernamentales representaban más de un tercio de aquéllos para los que Bergquist pudo hallar información—. Por supuesto no es sorprendente encontrar empleados gubernamentales en el partido gobernante en un número mucho más alto que en los otros dos partidos de oposición. La preponderancia numérica de los empleados gubernamentales entre los militantes del partido, no obstante, puede (o no puede) decirnos algo acerca de los rasgos sociales del grupo nacionalista (14).

14. Palacios, 1979, 40, al referirse particularmente a Lleras Camargo, 1975, 125, hace énfasis en la idea de que la Regeneración conllevó la formación de una "burguesía burocrática".

Gran parte del comportamiento del período puede ser comprendido en términos de mutuo desdén entre la élite comercial, por una parte, y los sectores dependientes (altos o medios) por la otra (15). A partir de la segunda mitad del siglo, los protavoces de la élite comercial contrastaban a los hombres emprendedores que habían fundado plantaciones de tierra caliente con los improductivos burócratas que se habían quedado en Bogotá. Este desdén comercial por los políticos profesionales fue retribuido, especialmente por el mismo Caro, cuyos intereses y dignidad fueron lesionados por la tacañería del Banco de Bogotá (Palacios, 1980, 27-28). Este contrapunto social encontró expresión durante toda la Regeneración y más allá de ella.

Al creciente número de empleados gubernamentales dependientes debemos agregar, como otro elemento de importancia en la coalición de la Regeneración, a los receptores de contratos gubernamentales, los empresarios que llevaron a cabo empresas políticamente favorecidas. Este tipo de empresa favorecida por el estado había sido repudiada formalmente, aunque no realmente, por los liberales del *laissez-faire* de mediados de siglo. El resurgimiento de las empresas patrocinadas por el estado hizo emerger a primer plano a cierto tipo de empresario económico, políticamente conectado, reminiscente del empresario vinculado al estado de finales del período borbónico, de estilo muy diferente al del elemento comercial individualista típico de la mitad de siglo (Brungardt, 1974, 330). Este tipo de empresario se hizo, por supuesto, mucho más conspicuo después de 1930, a medida que las élites colombianas se comprometieron cada vez más, con un desarrollo económico dirigido por el Estado. Para el comerciante individualista, el empresario patrocinado por el estado representaba una gran carga para la economía libre y, por tanto, un antagonista tan fuerte como el empleado gubernamental dependiente. De las varias críticas dirigidas al régimen de Caro por el conservador disidente Carlos Martínez Silva,

15. Esta élite comercial estaba compuesta no sólo por liberales y conservadores, sino también por individuos que trataban de apartarse por completo de la política. Es importante reconocer que no todos los colombianos estaban políticamente comprometidos; muchos comerciantes, especialmente, trataron de evitar cualquier identificación política apoyándose en la idea de que esto sólo significaría problemas para ellos. Mi percepción acerca de esto difiere de la de Palacios, que no sólo identifica a los comerciantes de Bogotá con el partido liberal sino que también afirma que las familias comerciantes "casi siempre" participaban activamente en política. (Véase Palacios, 1980, 9, 28, 32, 33). La diferencia que existe en nuestras percepciones, acerca de este asunto, surgen indudablemente de nuestras diversas experiencias de investigación. Palacios trabajó intensamente en el archivo de Bernardo Herrera Restrepo, un activo liberal, y en el de los Ospina, activos conservadores; mientras que mis opiniones han sido influenciadas por mi experiencia con los registros de una familia más apolítica: los Vargas, comerciantes y caficultores residentes en Bogotá. Para una imagen más completa y diversificada de las identidades de los comerciantes de Bogotá del periodo en cuestión, la *Cuenta general de estadísticas del Camino de Occidente del Estado de Cundinamarca* es una excelente fuente de información, que proporciona datos acerca de la cantidad de bienes importados por cada comerciante en un año dado. Yo tengo datos al respecto para los años de 1875, 1877, 1878, 1881, 1883, 1885.

una de las más coherentes fue la de que los pródigos gastos del gobierno estaban siendo utilizados para mantener un creciente séquito de empleados gubernamentales, al igual que para llevar a cabo ruinosos contratos monopolistas de obras públicas con validos políticos y para sostener un ejército ampliamente expandido (Martínez Silva, II, 321-323, 364-365, 396-397, 429, 460-461; III, 226). Desde el punto de vista de Martínez Silva y de otros oponentes, el régimen de Caro era poco más que un sistema para la represión de los oponentes y la manipulación de elecciones con miras a mantener un creciente número de parásitos de la despensa pública.

El conflicto entre los intereses comerciales y agro-exportadores, por una parte, y los burócratas gubernamentales y los beneficiarios de los contratos del estado, por otra, tuvo su expresión más característica en el debate de 1896 acerca del impuesto de exportación del café, al que hacen referencia tanto Bergquist como Palacios. En este debate, los portavoces del gobierno trataron de describir a los caficultores como plutócratas, mientras que Rafael Uribe Uribe, que defendía los intereses cafetero, preveía una lucha "entre el bien y el mal", representados respectivamente por el caficultor productivo y el "parásito de palacio". En este discurso Uribe Uribe se refiere también, sarcásticamente, al atraso de los hacendados de las tierras altas (un pasaje presentado por Bergquist como prueba para sustentar su tesis de agricultura doméstica vs. agricultura de exportación) (Bergquist, 1978,55-56). Pero aparte de la aparición de este tema en el debate de 1896, el motivo dominante del período parece ser el de la lucha por el predominio, entre los intereses comerciales privados y aquéllos cuyos intereses de trabajo y/o compromisos ideológicos estaban ligados a un expandido gobierno nacional. Uribe Uribe proclamó que los productores activos del país estaban "cansados de los errores y aun de los crímenes políticos cometidos por los ideólogos y los abogados, los militares y los eruditos, los políticos profesionales y los intrigantes..." (Palacios, 1980,139-140; 1983, 259).

Mis últimas observaciones se refieren a las realidades económicas de las décadas de los 80 y los 90, y a las diversas formas en que estas realidades y la política económica del gobierno afectaron los varios intereses de la sociedad colombiana. Uno de los argumentos centrales de Bergquist es el que afirma que los intereses de los caficultores y de los exportadores (identificados como liberales) fueron afectado adversamente por la caída de los precios del café después de 1885, y una vez más, en los últimos años de la década de los 90. Bergquist recalca que en ambos periodos las rebeliones liberales fueron particularmente importantes en zonas cafeteras tales como la de Santander y las laderas suroccidentales de Cundinamarca. Un argumento complementario es el de que las políticas monetarias de la Regeneración afectaron en forma diferente los intereses del comercio exterior y los de la agricultura

doméstica. Los importadores fueron lesionados por el papel moneda irredimible establecido por Núñez debido a que tenían que pagar a sus proveedores europeos con moneda fuerte, mientras que por ley debían aceptar pagos en papel moneda depreciado. Por otra parte, en lo que toca a los agricultores domésticos el papel moneda facilitó el pago de préstamos contraídos previamente en moneda más fuerte. Por tanto, afirma Bergquist, los terratenientes tradicionales, contrariamente a lo que sucedió con los intereses del comercio exterior, "no estaban amenazados por el régimen del papel moneda y podían incluso resultar favorecidos por él" (Bergquist, 1978, 51; 1981, 59-60).

Algunas aclaraciones de este argumento son sugeridas por varios estudios recientes de la economía colombiana bajo la Regeneración, que parecen indicar que las políticas de la Regeneración pueden haber afectado en forma menos perjudicial los intereses cafeteros y pueden haber favorecido la agricultura tradicional en formas diferentes a las expuestas por Bergquist en su estudio. El impacto de las políticas de la Regeneración sobre la industria cafetera es un tema muy controvertido en la actualidad. Miguel Urrutia y Darío Bustamante han argumentado que la inflación monetaria de la época favoreció a los caficultores al disminuir el salario real de los trabajadores cafeteros a la vez que los caficultores se beneficiaban de una tasa de cambio decreciente que permitió que con sus dólares compraran un mayor número de pesos. Además, las brucas caídas del precio mundial del café tendían a ser compensadas por el hecho de que en épocas de caída del precio externo, los caficultores podían exigir mejores precios para sus divisas en Colombia. Por tanto, en 1885, año en el que Bergquist cree que una caída de los precios del café incitó al desorden político en la región cafetera de Santander; según los cálculos de Urrutia y Bustamante, el precio real del café (o sea las utilidades para los cultivadores) puede, en realidad, haber tenido una nueva alza debido a la mejoría de su posición de cambio (16). Una vez más, según Urrutia y Bustamante, las utilidades del café alcanzaron realmente un *punto máximo* en 1895-96, época de una fracasada rebelión liberal y, luego, después de una drástica declinación en 1898, reputaron una vez más en 1899 (cuando la rebelión liberal inició la Guerra de los Mil Días). Sin embargo, a pesar de los precios reales favorables muchos cultivadores de café parecen haber tenido problemas en los comienzos de la Guerra de los Mil Días

16. Hay que añadir que la fuente de la inestabilidad económica en Santander, anotada por los contemporáneos, en 1885, no fue el café, el producto en el que Bergquist hace énfasis, sino el catastrófico colapso del mercado de la quina (1881-1883). Rafael Núñez anotaba a fines de 1882 que la declinación del mercado de la quina había producido "perturbaciones comerciales" en Santander. Núñez, 1944, II, 268). Park, al discutir el trasfondo económico de la rebelión de Santander en 1885, señala, además de la declinación de la quina y el café, los bajos precios domésticos del trigo que afectaron la demanda del azúcar y de la carne producidos por Santander, en Boyacá, departamento productor de trigo, (Park, 1975, 354).

—desafortunadamente, habían contraído préstamos en oro en momentos en que el valor de éste estaba en ascenso y el valor del papel moneda estatal estaba en descenso (Urrutia, 1972; Bustamante, 1974, 622) (17).

Recientemente, los cálculos de Urrutia y Bustamante han sido puestos en tela de juicio por Palacios, que llega a conclusiones algo diferentes acerca del alcance y la regulación de las fluctuaciones a corto plazo de las utilidades cafeteras (Palacios, 1980, 42-49, 124-131) (18). Las críticas de Palacios, no obstante, se prestan más para modificar que para refutar por completo el argumento general de Urrutia y Bustamante. En todo caso, esto no niega de ninguna manera la posibilidad de que los problemas económicos tendieran a crear un ambiente de desorden político. Específicamente, respecto a los caficultores, dada su situación de endeudamiento y el impuesto de exportación sobre el café establecido por la Regeneración, el argumento de Urrutia y Bustamante no debe ser interpretado como queriendo dar a entender que los caficultores debían haber sido entusiastas partidarios más que mortales antagonistas de la Regeneración. El análisis de Urrutia y Bustamante, sin embargo, sugiere que la relación entre las dificultades y la rebelión es, probablemente, más compleja de lo que se puede inferir a partir de las simples correlaciones cronológicas de Bergquist entre los precios del café y los brotes de insurgencia.

El análisis de Bustamante sobre las políticas monetarias de la Regeneración complacia, aunque no contradice necesariamente, la imagen que ofrece Bergquist del impacto de estas políticas sobre la agricultura doméstica y sobre los intereses del comercio exterior. Mientras que Bergquist cree que el papel moneda estatal puede haber favorecido a la agricultura doméstica al hacer posible el pago de deudas con papel moneda depreciado, Bustamante afirma que la agricultura doméstica sufrió los efectos de la restricción del crédito durante la Regeneración. Las políticas monetarias y bancarias de Núñez hicieron cundir el pánico entre los prestamistas privados y, posteriormente, minaron por completo los bancos privados; los comerciantes-capitalis-

17. Urrutia y Bustamante, basan sus cálculos de los costos y de las utilidades de la producción de café, en gran parte en datos extraídos de los registros de la propiedad cafetera de Roberto Herrera Restrepo, cerca de Sasaima, Cundinamarca; lo que significa que sus datos pueden no ser particularmente pertinentes para la rebelión de 1885, que se inició en Santander. Sin embargo, sus datos son mucho más relevantes para las rebeliones de 1895 y 199-1902, en las que las regiones cafeteras de Cundinamarca se vieron involucradas. Aun así, no es muy claro hasta qué punto es apropiado generalizar a partir de los patrones de utilidades de esta propiedad para calcular las de los caficultores de toda Cundinamarca.

18. Palacios, como Urrutia y Bustamante, emplea datos provenientes de la propiedad cafetera de Herrera para sus cálculos. Las diferencias en sus conclusiones surgen del uso de diferentes índices de precios del café y de diferentes suposiciones contables. (Palacios, 1980, 44-66).

tas, por tanto, canalizaron nuevamente su dinero, trasladándolo de los préstamos al ganado, al café y a la construcción urbana. Sin embargo, los agricultores domésticos que más sufrieron con la pérdida del crédito fueron los pequeños cultivadores. Considerándolo todo, se puede afirmar que los grandes terratenientes de los alrededores de Bogotá, con quienes tanto Nieto Arteta como Bergquist identifican el soporte social para la Regeneración, probablemente se beneficiaron durante el período. Puesto que el crédito agrícola fue eliminado, los pequeños propietarios probablemente tuvieron que vender a los grandes terratenientes, incrementando la concentración de tierras en grandes propiedades. Además, los grandes propietarios próximos a Bogotá se beneficiaron con la declinación del salario real de los trabajadores agrícolas, la inflación de los precios de los comestibles y el crecimiento urbano, que ensanchó los mercados locales y produjo también ganancias por la especulación y la valorización de las tierras cercanas al centro urbano (Bustamante, 1974, 651-655).

Pero, mientras que los grandes terratenientes estratégicamente ubicados se beneficiaron de varias maneras durante la época de la Regeneración, según afirma Bustamante, los supuestos adversarios de los terratenientes, los importadores, no perdieron absolutamente nada, aunque aparentemente hayan tenido algunas pérdidas relativas. Los precios internos aumentaron con más rapidez que la tasa de cambio, lo que tendió a mantener bajo el costo real de los bienes importados para los comerciantes. Sin embargo, como los comerciantes ante la expectativa de una constante tasa de cambio creciente tendían a aumentar los precios con anterioridad a los incrementos de la tasa de cambio, pueden haber tenido a sóbervaluar las mercancías importadas, reduciendo la demanda de estos bienes. De esta forma, mientras que los importadores podían mantener altos sus márgenes de ganancia, el volumen de negocios no aumentó. Bustamante concluye que los importadores no perdieron en un sentido *estático*, pero sí lo hicieron en un sentido *dinámico*. O sea, no participaron en el aumento del ingreso nacional de la época (Bustamante, 1974, 655-656).

El relato de Bustamante indica que el conjunto de los intereses del comercio exterior fue afectado por la Regeneración en formas muy variadas. Los banqueros privados experimentaron fuertes pérdidas debido a que la Regeneración forzó la restricción de actividades y finalmente llevó al colapso a muchos bancos comerciales. Los importadores y los caficultores, por otra parte, fueron lesionados, pero en menor grado de lo que puede inferirse del estudio de Bergquist (Bustamante, 652-656). No obstante, parece ser probable que aún estos últimos grupos sufrieran una sensación de pérdida relativa, debido a que la inflación monetaria de la época de la Regeneración introdujo elementos indeseables de incertidumbre y porque las políticas gubernamentales impusieron una restricción a su libertad de acción;

libertad de acción que en la época anterior, o sea, en la Radical, había sido virtualmente absoluta.

No cabe la menor duda, tal como recalca Bergquist, que elementos importantes del sector del comercio exterior formaron el fundamento y sostén de la oposición al régimen de la Regeneración. Se puede dudar, sin embargo, que los actores políticos que simpatizaban con el sector exportador consideraran el interés de la agricultura doméstica como su principal antagonista. Antes bien, para ellos el enemigo era un estado magnificador del poder estatal, que se inmiscuía y usurpaba sus libertades políticas y económicas. Y el estado era apoyado por individuos muy diferentes a los simples hacendados de la Sabana de Bogotá y sus amigos y parientes. Rafael Núñez, el cosmopolita de la costa Caribe, y Miguel Antonio Caro, el insular santafereño, estaban unidos no por una especial identificación con la agricultura doméstica (o por valores tradicionales españoles) sino más bien por una creencia compartida de la necesidad de un estado nacional más fuerte. Sus oponentes, liberales y conservadores, ya sea que hicieran parte del sector del comercio exterior o no, estaban unidos no sólo por la oposición mutua a unas políticas económicas específicas de ese estado, sino también por la hostilidad hacia la idea de lo que en Estados Unidos es comunmente llamado "Gran Gobierno". En mi opinión, al hacer énfasis en el tema de Nieto Arteta acerca del conflicto de las visiones del mundo y de los intereses de la agricultura doméstica del interior y el sector exportador, Bergquist distrae algo la atención de los rasgos centrales del período —gran parte de los cuales giraba alrededor del conflicto entre el poder de un gobierno central y el poder de los intereses privados regionales—.

El análisis de Bustamante, como el de Liévano, subraya el hecho de que un importante beneficiario de la Regeneración fue el gobierno nacional, que, en relación con los intereses privados y regionales, se fortaleció ampliamente (Bustamante, 1974, 628). Las emisiones de papel moneda no redimible y la capacidad del gobierno para amortizar la deuda pública con este numerario depreciado hizo que hubiera una transferencia de ingresos del sector privado al gobierno (Bustamante, 1974, 648). Al mismo tiempo, nuevos impuestos controlados por el gobierno central proporcionaron a éste mayor fuerza en relación con los estados (los cuales, después de 1886 fueron puestos bajo un control político directo mediante el nombramiento presidencial de los gobernadores). El mayor poder fiscal del gobierno central se expresó directamente en un aumento del poder político mediante la expansión del ejército nacional, que por primera vez desde 1851 era más fuerte que las fuerzas regionales rebeldes que podían ser reunidas en su contra. Fue esta transferencia del poder real, ya fuera mediante el control del suministro de circulante, mediante las facultades extraordinarias del

ejecutivo o mediante la expansión del ejército nacional, lo que más molestó a los oponentes de la Regeneración.

Uno de estos temas —el conflicto entre el gobierno y el poder privado— es importante hilo conductor que corre a través del tapiz que Bergquist ha tejido. El otro tema —la resistencia regional al poder central— aunque está presente en el libro, tiende a ser disminuida, porque Bergquist parece sugerir que la disidencia antioqueña reflejó esencialmente los intereses del comercio exterior, cuando en realidad también reflejó el resentimiento por la pérdida de la autonomía regional y, por tanto, del poder para controlar completamente el desarrollo regional. Debido a que era económicamente fuerte, el Estado de Antioquia había sido el principal beneficiario de la descentralización fiscal del régimen federal de 1863-1886. Con el advenimiento de la descentralización fiscal, después de 1886, los gastos del gobierno nacional en obras públicas se concentraron marcadamente en los alrededores de la capital nacional y en la costa Caribe (Bustamante, 1974, 636n). De esta manera, los antioqueños bien pudieron percibirse como perdedores ante la centralización fiscal y desarrollista de la Regeneración. La mala administración del gobierno nacional de la construcción de ferrovías en Antioquia fue, de hecho, un importante elemento en el resentimiento antioqueño hacia el régimen de la Regeneración (Sánchez Camacho, 1960, 40).

En conclusión, el análisis de Bustamante de los sectores ganadores y perdedores durante la Regeneración, proporciona bases para una visión modificada y reformulada de la concepción de Bergquist de la divergencia de los intereses domésticos y de los intereses orientados hacia el exterior en el período posterior a 1885. Aun cuando cada uno de estos sectores fue afectado en formas algo diversas durante la Regeneración, hay testimonios para el período de 1885-1900 que sugieren que los contemporáneos no estaban enterados o no se sentían aludidos por tales intereses sectoriales divergentes y en pugna. Más bien, los asuntos centrales que preocupaban a los oponentes de la Regeneración tenían que ver con el aumento de poder del Estado Nacional y con las implicaciones que este hecho tenía para con las libertades individuales y el control privado de las influencias de la economía. Aun respecto a este último tema, no obstante, debe hacerse énfasis en que la oposición de los disidentes hacia un estado en crecimiento no era absoluta. Tanto los comerciantes capitalistas como los cultivadores de café tenían interés en la construcción de ferrovías, en la cual era claro que el Estado debía, al menos, desempeñar la parte de garante. La cuestión para muchos disidentes era, realmente, a que costo, económica y políticamente, desempeñaría el Estado su papel de promotor del desarrollo. Las más importantes quejas de los disidentes no iban tanto en contra de la idea de que el gobierno proporcionara guía y liderazgo económico sino en contra de gastos gubernamentales

innecesarios e improductivos y en contra de la represión política que mantenía en el poder a aquéllos que estaban llevando a cabo gastos gubernamentales pródigos e inflacionarios.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS MENCIONADAS EN EL TEXTO

Banco de Bogotá: trayectoria de una empresa de servicio 1870-1960. Bogotá: Banco de Bogotá 1960.

Bergquist, Charles W. "The Political Economy of the Colombian Presidential Election of 1897", *Hispanic American Historical Review*, 56:1 (Febrero, 1976), 1-30. 1976.

Coffee and Conflict in Colombia 1886-1910. Durham: Duke University Press 1978.

Café y conflicto en Colombia 1886-1910. La Guerra de los Mil Días: Sus Antecedentes y Consecuencias. Medellín: FAES, 1981.

BREW, Roger. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920.* Bogotá: Banco de la República 1977.

BRUNGARDT, Maurice Philip "Tithes Production and Patterns of Economic Change in Central Colombia, 1764-1833" disertación doctoral, The University of Texas, Austin 1974.

BUSHNELL, David *The Santander Regime in Gran Colombia*, Newark: Delaware: University of Delaware Press 1954.

"Two Stages in Colombian Tariff Policy: The Radical Era and the Return to Protection (1861-1895)" *Inter-American Economic Affairs* 9(1956), 3-23 1956.

"Voter Participation in the Colombian Election of 1856", *Hispanic American Historical Review* 51:2 (Mayo, 1971), 237-249 1971.

BUSTAMANTE Roldan, Darío "Efectos económicos del papel moneda durante la Regeneración", *Cuadernos Colombianos*, No. 4, 559-660 1974.

CARO, José Eusebio *Epistolario* Bogotá: Ministerio de Educación Nacional (Biblioteca de Autores colombianos) 1973.

COLMENARES, Germán *Partidos políticos y clases sociales* Bogotá: Universidad de los Andes 1968.

CORDOVEZ MOURE, José María, *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá.* Madrid: Aguilar 1957.

CUERVO, Luis Augusto, ed, *Epistolario del Doctor Rufino Cuervo* 3 vols. Bogotá: Imprenta Nacional (Biblioteca de Historia Nacional, vols. 22-24) 1918-22.

DELPAR, Helen Victoria "The liberal Party of Colombia, 1863-1903" (disertación doctoral Columbia University) 1967.

"Aspects of Liberal Factionalism in Colombia, 1875-1885", *Hispanic American Historical Review*, 51:2 (Mayo, 1971), 250-274 1971.

- Red against Blue: The Liberal Party in Colombian Politics, 1863-1899* University of Alabama: University of Alabama Press 1981.
- ESCORCIA, José "La formación de las clases sociales en una sociedad multi-étnica: Cali, 1820-1854" Ponencia presentada en el encuentro de la Latin American Studies Association, Bloomington, Indiana, October 1980.
- Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, tomo III: *Desarrollo político, social y económico, 1800-1864*. Bogotá: Banco Popular.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México: Colegio de México, 1977.
- GRUSIN, Jay R., "The Revolution of 1848 in Colombia: (disertación doctoral, the University of Arizona) 1978
- HALE, Charles A. *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*, New Haven: Yale University Press 1968.
- HALPERIN-DONGHI, Tulio *The Aftermath of Revolution in Latin America*, New York: Harper Row 1973.
- HARRISON, John Parker "The Colombian Tobacco Industry from Government Monopoly to Free Trade: (disertación doctoral, University of California, Berkeley) 1951.
- "The Evolution of the Colombian Tobacco Trade to 1875", *Hispanic American Historical Review*, 32:2 (Mayo, 1952), 163-174. 1952.
- HELGUERA, Joseph León "The First Mosquera Administration in New Granada, 1845-1849" (disertación doctoral, The University of North Carolina) 1958.
- "Antecedentes sociales de la revolución de 1851 en el sur de Colombia (1848-1849)" *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970), 53-63 1970.
- Historia de la Cancillería de San Carlos* Bogotá: Imprenta del Estado 1942.
- HYLAND, Richard Presten "The Secularization of Credit in the Cauca Valley, Colombia, 1851-1880" Ph.D. dissertation, University of California, Berkeley 1979.
- Sociedad y economía en el Valle del Cauca*, tomo IV: *El crédito y la economía, 1851-1880*. Bogotá: Banco Popular 1983.
- JARAMILLO URIBE, Jaime *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* Bogotá: Editorial Temis "Las sociedades democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848" in Jaramillo Uribe, *La Personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
- JOHNSON, David Church "Social and Economic Change in Nineteenth-Century Santander, Colombia disertación doctoral, University of California, Berkeley 1975.
- LIEVANO AGUIRRE, Indalecio *Rafael Núñez* (Primera edición en Bogotá: Editorial Cromos 1944) edición citada Bogotá: Organización Continental de los Festivales del Libro, 1960. 1944 and 1960.
- Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* 4 vols., Bogotá: Ediciones Nueva Prensa 1967.
- LLERAS CAMARGO, Alberto *Mi gente*, Bogotá: Banco de la República 1975.
- MARTÍNEZ SILVA, Carlos *Capítulos de historia política de Colombia*, 3 vols., Bogotá: Biblioteca Banco Popular 1973.

McGREEVEY, William Paul *An Economic History of Colombia, 1846-1930*, Cambridge, England Cambridge University Press 1971.

MEANS, Robert Charles *Underdevelopment and the Development of Law: Corporations and Corporation Law in Nineteenth-Century Colombia*, Chapel Hill: University of North Carolina Press 1980.

MOLINA, Gerardo *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*, Primera Edición: 1970; edición utilizada Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1970 and 1973.

MORA, Luis María . *Croniquillas de mi ciudad Bogotá*: Biblioteca Banco Popular 1972.

NIETO ARTETA Luis Eduardo *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, (1941), 1962.

El café en la sociedad colombiana, Bogotá: Ediciones La Soga al Cuello, (1958), 1971.

NUÑEZ, Rafael *La reforma política en Colombia*, b. vols., Bogotá: Ministerio de Educación Nacional (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana) 1944-1950.

ORTIZ, Sergio Elias *Santiago Pérez Triana*, Bogotá: Academia Colombiana de Historia 1971.

OSPINA VASQUEZ, Luis *Industria y protección en Colombia, 1810-1930* Medellín: Editorial Santa Fe 1955.

PALACIOS, Marco "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica", ponencia presentada en un congreso sobre "El Estado y la Región en América Latina", CEDLA. Amsterdam, Diciembre de 1979.

Coffe in Colombia 1850-1970. An Economic, - Social and Political History. Cambridge: Cambridge University Press 1980.

Coffee in Colombia, 1850-1970. An Economic, Social and Political History. Cambridge: Cambridge University Press 1980.

El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política. México y Bogotá: Coedición de El Colegio de México y El Ancora Editores 1983.

PARK, James William "Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism, 1875-1885", disertación doctoral, University of Kansas 1975.

Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism. 1863-1886 Baton Rouge: Louisiana State University Press 1985.

Los programas del Conservatismo Bogotá: Directorio Nacional de Unidad Conservadora 1967.

RESTREPO, José Manuel *Autobiografía, Apuntamientos sobre la emigración de 1816, e índices del "Diario Político"*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones (Biblioteca de la Presidencia de Colombia, No. 30) 1957.

RIVAS, Medardo *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá: Ministerio de Educación Nacional (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana) 1946.

SAFFORD, Frank Robinson "Commerce and Enterprise in Central Colombia" disertación doctoral Columbia University 1965 a

"Foreign and National Enterprise in Nineteenth-Century Colombia" *Business History Review*, 39:4 (Invierno, 1965), 503-526 1965b.

"Social Aspects of Politics in Nineteenth-Century Spanish America: New Granada, 1825-1850," *Journal of Social History* (primavera, 1972), 344-370. 1972A

"In Search of the Practical: Colombian Students in Foreign Lands, 1845-1890", *Hispanic American Historical Review*, 52:2 (Mayo, 1972), 230-249 1972b.

"Bases of Political Alignment in Early Republican Spanish America", in Richard Graham and Peter H. Smith, eds., *New Approaches to Latin American History*. Austin: University of Texas Press 1974.

The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Élite. Austin: University of Texas Press 1976.

Aspectos del siglo XIX en Colombia Medellín: Ediciones Hombre Nuevo 1977.

SÁNCHEZ CAMACHO, Jorge *El general Ospina (biografía)* Bogotá: Academia Colombiana de Historia 1960.

SIERRA, Luis f. *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia 1971.

SIERRA, Justo *The Political Evolution of the Mexican People*, Austin: University of Texas Press 1969.

SINKIN Richard N. *The Mexican Reform, 1855-1876: A Study in Liberal Nation • Building* Austin: University of Texas Press 1979.

TIRADO MEJIA, Alvaro *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia 1971.

URRUTIA, Miguel "El sector externo y la distribución de ingresos en Colombia en el siglo XIX", *Revista del Banco de la República* No. 541 (Noviembre, 1972).

YOUNG, John L. "University Reform in New Granada, 1820-1850", disertación doctoral Columbia University 1970.